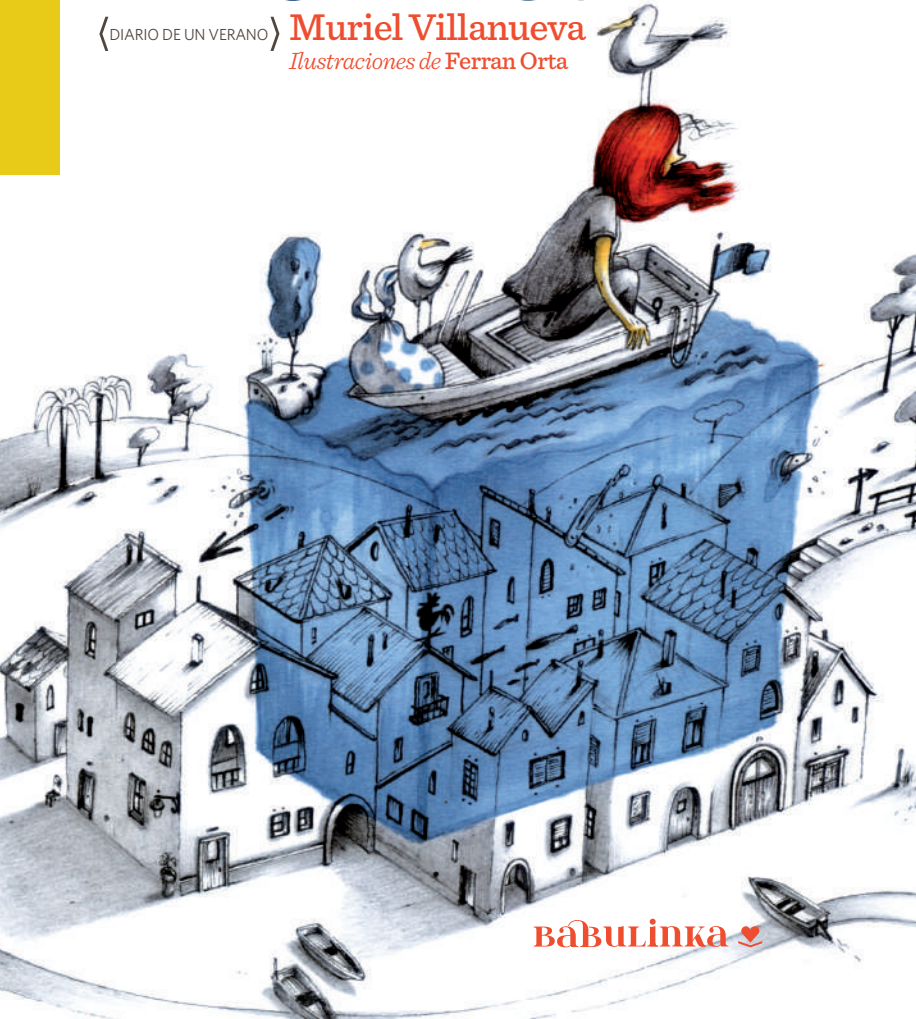


3ª edición

# Duna

〈DIARIO DE UN VERANO〉 **Muriel Villanueva**  
*Ilustraciones de Ferran Orta*



BÁBULINKA ♥





*Duna. Diario de un verano*

Un libro de Babulinka Libros, sello de la editorial Babulinka Books SLU.

Rambla de Prat 2, 1-2 A · 08012 Barcelona

hola@babulinkabooks.com · www.babulinkabooks.com

© Del texto: Muriel Villanueva, 2015

© De las ilustraciones: Ferran Orta, 2015

© De la traducción: Clara Massons i de Lama, 2015

© De la edición: Babulinka Books SLU

Primera edición: noviembre 2015

ISBN: 978-84-941596-6-4

Depósito legal: B-26691-2015

Impresión: Índice

Colección: Pequeñas Joyas para Grandes Lectores

Diseño colección: Maria Sansalvadó

Maquetación: Maria Sansalvadó · www.momabcn.com

Corrección: Tina Vallès · www.tinavalles.cat

Made & Printed in Barcelona

Quedan rigurosamente prohibidas y están sometidas a las sanciones establecidas por la ley: la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, incluidos los medios reprográficos e informáticos, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin la autorización de la editorial Babulinka Books. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Duna

Muriel Villanueva  
(Diario de un verano)



*Ilustraciones de Ferran Orta*

*Traducción de Clara Massons i de Lama*

---

**BABULINKA BOOKS** ♥

---

*A Mar, nacida entre dunas*

## ***1 de agosto***

Hola.

No quiero escribir este diario.

No pienso escribirlo.

Adiós. Hasta mañana.

## ***2 de agosto***

Hola. Segundo día.

Ya está.

Se supone que esto es mi diario de vacaciones pero no quiero escribirlo. No quiero escribir más que hola y adiós y hola y adiós cada día. No quiero escribir esto solo porque lo haya dicho él. Él ya no manda sobre mí, ya no es mi maestro, el año que viene iré al instituto y no volveré al colegio para contarle nada.

Hola otra vez. Es que, ¿qué debería escribir sobre este verano tan soso? Mamá ha dicho que las tres

somos mayorcitas y que se cogía unas vacaciones de hijas. «Necesito estar sola», nos dijo. Y nos deja con el abuelo, que es un amargado y se hace el moderno. Se hace el moderno, pero en realidad lo hace para poder pasar de nosotras: «Ya sois mayores, id a vuestro aire, no hace falta que me pidáis permiso para nada. Aquí tenéis la nevera, aquí tenéis las camas, no pienso controlaros». Y lleva una coleta blanca y larga como un indio de esos de las películas. Apetece hacerle una trenza. La abuela le habría hecho una, si lo viera ahora.

Lía se hace la mayor, siempre leyendo, y Gala la pequeña, siempre atiborrándose de galletas con la boca abierta. Lía Literata y Gala Galleta. Yo, en el medio, no puedo hacerme la nada de nada. Tengo doce años y de eso es de lo que voy. En la pandilla nadie más tiene doce años.

Aquí no pasa nunca nada. Todo es blanco y azul. Cuento los días, del uno al treinta y uno, para volver a Vellescut.

Hola otra vez. Ahora ya es noche cerrada.

Vale, me ha pasado una cosa que tengo ganas de escribir. Lo reconozco. A ver.

Ha sido sobre las seis, pero el sol todavía pegaba fuerte. Lía, Arlet y Xenia se contaban secretitos entre los arbustos, como hacen todas las listas de quince años (y eso que ellas se ven todo el año en el instituto). Gala, galleta en mano, perseguía al pobre Fer por las dunas mientras Emilio se reía.

Yo he hecho lo que hago siempre: me pongo los auriculares que me regalaron en el tren, sin música, y me meto el extremo del cable en el bolsillo, como si llevara un mp3. Así todo el mundo piensa que si me hablan no les voy a oír. He hecho eso y me he alejado de la pandilla, caminando hacia la playa, donde todavía quedaban bañistas dormidos, sombrillas chillonas y toallas secas. Me he sentado en la arena con las piernas cruzadas. No me he quitado los auriculares, que seguían en silencio, pero podía oír el sonido de las olas. Suave. Suuaaveeee. Bajo la ropa negra el sol da más calor, pero a mí me gusta. He mirado al horizonte, sobre el

que se veían algunas velas blancas. Me he quitado las botas, que son de lona negra y ya están medio rotas, pero que mamá dice que pueden aguantar hasta finales de verano. Me he levantado. He atado los cordones de las botas entre sí y me las he colgado del cuello. He caminado hasta el agua, siempre con los auriculares puestos pero callados, para que si alguien me reconoce no venga a saludarme. He empezado a pasear a lo largo de la playa, mojándome los pies. ¡Qué blanca estoy! ¡Qué tobillos de nata!

Ahora viene lo que quería contar cuando me he puesto a escribir.

Iba caminando por la orilla, no sé cuánto he caminado, bastante rato. Me he alejado de la zona de baño. La playa cada vez estaba más vacía y cada vez había más rocas y menos arena. Seguía caminando esquivando las piedras y sudando un poco. He mirado a mi alrededor y ya estaba sola, me había alejado mucho. El sol me deslumbraba, ya un poco bajo, frente a los ojos. Y entonces, de repente, lo he visto. Era el techo de un coche oxidado sobresaliendo entre los

arbustos de las dunas. He dado un saltito para ver mejor y, efectivamente, bajo el techo estaba el resto del coche, medio escondido. He dado otro saltito. ¡Ostras! ¡Había alguien sentado dentro!

Me he puesto las botas rápidamente, sin siquiera quitarme la arena de los pies. He enrollado el cable de los auriculares y me los he guardado en el bolsillo. He escalado las dunas, la arena seca resbalaba bajo mis pies por la pendiente. Se oía una melodía dulce, como de flauta. Cuando he estado suficientemente arriba como para ver el coche de cerca, me he dado cuenta de que quien estaba dentro era un niño como de mi edad. Llevaba una camiseta negra, como la mía, pero con mangas más cortas. Al verme ha salido del coche corriendo y ha desaparecido entre los arbustos. La melodía se había detenido. Él corría y yo le he gritado: «¡Eh, espera!», pero no me ha hecho ni caso. He corrido un poco tras él. Después he recordado que a mí no me gusta nada que me hablen cuando no tengo ganas de hablar, y le he dejado ir sin llamarle más.

He vuelto atrás hasta el coche y lo he mirado: antes debía de ser verde oscuro, pero ahora es verde gris con mucho óxido por encima, por todas partes. Le faltan las dos puertas delanteras y todavía tiene los asientos más o menos bien conservados. Me he sentado donde el copiloto y con la mano izquierda he girado el volante, que chirriaba. He tocado botones que ya no sirven para nada. Entonces me he dado cuenta de que no había parabrisas y he metido la mano para comprobarlo. Y mirándome la mano me he dado cuenta de la belleza del paisaje maravilloso que tenía enfrente. He bajado la mano y he descansado la espalda en el respaldo de terciopelo polvoriento. He contemplado el mar, como en una inmensa pantalla de cine. Si hubiera tenido lápiz y papel lo habría dibujado. El mar, la arena, las rocas, un poco de plantas y dos palmeras allá al fondo, todo bien lejos de las casas blancas, de los bañistas, de las sombrillas y de las toallas. Me he quitado los auriculares del bolsillo y me los he puesto para escuchar el silencio.

### **3 de agosto**

Hola. He pensado que Manuel también me puso como deberes de verano que practicara la descripción. No creo que le parezca mucho morro por mi parte si aprovecho el diario para describir aquí mismo dos cosas. Haré un lugar y una persona.

Descripción del pueblo:

Los colores: blanco y azul. Fachadas blancas siempre bien pintadas y limpias. Y el mar azul. Y el cielo azul, aquí no hay nunca nubes. Los tejados son naranjas, claro, pero si no subes al castillo no se ven mucho. Sobre todo es blanco y azul. El castillo está todo destrozado y no lo quieren arreglar. La alcaldesa de antes quería arreglarlo pero todo el pueblo se le echó encima. Las calles no están asfaltadas, creo que es porque cuesta más llegar en coche que en barco. Quiero decir que un camión cargado de asfalto o una máquina de asfaltar las calles lo tendría complicado para llegar hasta aquí por esta



carretera imposible. En el centro del pueblo hay una plaza. En el medio, una fuente redonda. A los cuatro lados de la fuente está: el ayuntamiento, el centro médico, la escuela y una iglesia siempre abierta. Muy típico, ¿no? El suelo de la plaza tampoco está asfaltado pero sí empedrado de piedras blancas y grises, redondas, que dibujan un rosetón alrededor de la fuente. Aunque el abuelo es un hombre de mar, pescador de toda la vida, vive en una casa en lo alto del pueblo. Por las ventanas de delante se ve el mar, por las de atrás el castillo, muy cerca.

(Más cosas sobre el pueblo, que no sé muy bien si son una descripción. Mamá y los abuelos y bisabuelos y etcétera nacieron aquí, pero mamá se fue a trabajar a Vellescut, la capital de la comarca, que es donde nacimos las tres y donde vivimos todo el año. Aquí no hay instituto y los del pueblo, como Emilio o Xenia o Arlet, vienen en autocar cada día al instituto de cerca de nuestra casa, que es donde yo iré también el próximo curso. Vellescut es más feo pero menos aburrido que Dunas.)

Descripción del abuelo Ignacio:

El abuelo se llama Ignacio y es alto y delgado pero tiene barriguita. Siempre mira a los ojos cuando habla, y sus ojos son negros (yo he heredado el color negro en mi ojo derecho, pero el otro lo tengo verde, como los de mis hermanas, mamá y la abuela (esto no es una descripción del abuelo pero ahora venía a cuento)). El abuelo tiene el pelo muy blanco y largo. Se ata una coleta, se la hace fatal, y solo lo hace para hacerse el moderno y para no peinarse (pero ahora que estamos aquí se la hace Gala Galleta, que también se la hace fatal (y esto también viene a cuento, espero)). La barba también la tiene blanca y larga (y no se hace coletitas porque no quiere, pero a mí me apetece hacerle trencitas). Y no se plancha la ropa (es perder el tiempo, dice).

Y solo para que conste, si estoy aquí escribiendo descripciones es porque aquí no pasa nunca nada interesante. Nada de nada. Nada.

¡Ah! Y el pueblo se llama Dunas, como yo pero en plural, porque entre las casas y la playa hay unas

dunas protegidas y famosas en todo el mundo por las lagartijas que viven allí, que son azules también, como el mar.

#### **4 de agosto**

¡Vaya día! ¡Y yo que decía que aquí nunca pasa nada interesante! ¡Puf!

Por ejemplo, la cara que tengo ahora es culpa de mi madre.

Ya sé que esto no es para escribirlo en un diario. Un diario es para contar las cosas que te pasan: las que te emocionan, las que te gustaría recordar, las que quieres que pasen a la historia, o algo así. Ya sé que un diario no se escribe para contar la cara que pones, pero es que os aseguro que tengo cara de pasta de boniato. Lo he comprobado en el espejo. Ahora antes de venir a escribir he pasado por el baño y me he observado en el espejo. Y la cara que se me ha quedado es culpa de mi madre.

Después de su llamada, cuando he colgado el teléfono tan enfadada, Gala Galleta, galleta en mano, me ha gritado: «¡Eres idiota! ¿Por qué has colgado? ¡Yo también quería hablar con ella! ¿Y sabes qué? ¡Se te ha quedado la cara de pasta de boniato! ¡Estás feísima! ¡Boniato! ¡Pasta de boniato!». Parece que a ella, con ocho años, todo le da igual. Las cosas importantes digo, como que mamá nos mienta.

Lía, que ya había hablado con mamá antes que yo, la ha cogido por los hombros: «Tranquila, Gala, ya te cuento yo todo lo que mamá quería decirnos». Lía es tan madura y tan simpática que me saca de mis casillas. Estaba subiendo las escaleras hacia el baño, a comprobar mi cara de boniato en el espejo, y dispuesta a no volver a bajar. El abuelo gritaba: «¡Duna! Si te vas ahora, nosotros recogemos la mesa, pero tú mañana por la mañana lavas los platos de la cena, ¿de acuerdo?».

Pues sí, tengo cara de pasta de boniato: tengo el blanco de la piel de las mejillas blanquísimo, más blanco que nunca, más blanco imposible, como los

boniatos de freír, y el naranja de las pecas y de mi larguísima melena se me ha encendido y parece incluso caliente, como los boniatos que se cuecen en el horno. Mientras me miraba en el espejo, he recordado la conversación que acababa de tener con mamá por teléfono.

Resulta que no ha ido de viaje sola. Lo sé porque cuando estaba hablando con ella he oído que decía entre dientes a alguien: «Mira, ya han abierto el bufé. Ve pasando y ya voy». Y no he querido ni saber quién era ni nada. Solo he apretado los dientes, he puesto los hombros duros y he colgado. (Me he fijado en cada gesto porque la abuela siempre decía: «Fíjate bien en lo que hace tu cuerpo cuando te enfurezcas, Duna, e intenta pararlo», pero es que no lo he podido parar.) ¿Será mentirosa la tía? Cuando yo le pregunté por qué no podíamos ir con ella de viaje, mamá dijo: «Necesito estar sola». ¡¿Nos ha dejado tiradas en casa del abuelo y ahora resulta que está de vacaciones con una amiguita?! ¡¡¡Men-ti-ro-sa!!!

En el baño me he lavado la cara con fuerza y con agua bien fría. Me he cepillado la cabellera, porque

Lía Literata dice que ha leído que antes de ir a la cama una cepillada aclara las ideas y descoyunta los malos pensamientos: ¿a lo mejor mamá se ha encontrado con alguien conocido en el hotel? He respirado profundamente, he dejado el cepillo en una esquina de la pila y he apagado la luz del baño.

Ahora estoy aquí escribiendo e intento calmarme. El día ha sido largo.

Me he despertado temprano, antes que el resto de la casa. Solo se oían los ronquidos del abuelo. Gala Galleta se había metido en la cama de Lía Literata y la abrazaba. Y el sol empezaba a colarse por las ranuras de las persianas. He salido descalza de nuestra habitación. Ser la única despierta y tener la casa para mí sola me apetecía mucho. En bragas y con el camisón, he avanzado de puntillas hasta las escaleras, pensando en bajar y prepararme una taza de chocolate y mojar pan de ayer. Entonces he oído el maullido de Negro y me he detenido. Venía de arriba, del desván.

He dado media vuelta y he ido a la escalera que sube, lentamente. El gato rascaba detrás de la puerta,

intentando salir. Cogida a la barandilla de madera vieja, muy poco a poco, he ido subiendo peldaños, intentando no despertar a nadie. A la vez iba diciendo bajito: «Neeegrooo. Tranquiiilooo. Soy Duuunaaa. Ya voooy». Y he recordado que no había entrado en el desván desde que, con nueve años, por Navidad, acompañé a la abuela Teresa a coger leña. Fueron las últimas navidades con ella, porque se nos murió a la primavera siguiente.

He llegado a la puerta, una puerta muy vieja, la única de la casa que parece que no se ha cambiado nunca. ¡Debe de tener cien años! Me he acercado más. La madera agrietada todavía se aguanta y no deja pasar ni un hilo de luz de las ventanas del techo del desván. He puesto la mano en la manilla oxidada y la he bajado. Ha hecho: «Ñiiic...». Después he empujado la puerta pero no se ha movido. Ni un pelo. He subido y bajado la manilla varias veces: «Ñiiic, ñiiic, ñiiic, ñiiic», pero nada, no se abría. Entonces me he dado cuenta de que debajo de la manilla hay una cerradura, un agujero para una llave, y me he agachado a mirar. He cerrado mi ojo

verde y he puesto mi ojo negro en el agujero. Tras la puerta todo se veía blanco, un blanco plano, blanquísimo, un blanco muy luminoso, y nada más. Todo aquello era muy raro. Negro seguía rascando. Me he levantado. «Sal por la ventana y espérame en la puerta de la cocina, Negro, te espero allí», le he dicho muy bajito.

Después, el resto de la mañana ha sido bastante aburrido, así que no escribo nada sobre ella. De hecho, me habría hecho ilusión ir en septiembre a Manuel y tirarle el diario en blanco a la cara: «Toma, hala, ¡aquí tienes el resumen de mis supervacaciones!». Pero me da miedo que hable mal de mí a los nuevos profes del instituto. A lo mejor no debería haber escrito esto, ya que Manuel tiene que leerlo, ¡pero si no pudiera ni escribir esto con sinceridad ya sería el colmo!

¿Y qué ha pasado por la tarde? Pues que he conocido al niño del coche aquel oxidado de las dunas. Al menos sí tiene mi edad exacta, doce años, no como el resto de la pandilla. Ha ido así:

He hecho un poco de trampa. En vez de acercarme al coche por delante, me he acercado por detrás,

para que no me viera llegar. Eran más o menos las seis, como hace un par de días. He salido de casa por detrás, he rodeado el castillo, y me he adentrado en los pinos. Cruzando el bosque, orientándome con el sol, he ido hacia el sur. Por el camino me he topado con una autocaravana pintada con flores de colorines. Me he acercado y he pegado la nariz contra las ventanas. Parecía bien arreglada pero en aquel momento no había nadie. La puerta estaba cerrada con llave. He seguido mi camino.

Al cabo de un rato el bosque ha empezado a hacerse más claro. Había menos árboles y más arbustos. He girado un poco, en dirección al mar. Al fondo he visto el coche oxidado. Volvía a oírse aquella melodía dulce. Entonces he empezado a caminar más lentamente. Las ramitas chasqueaban bajo las suelas de mis botas. Pronto he podido ver su cogote, estaba sentado en el asiento del conductor. Tocaba una ocarina. He hecho pasos muy y muy pequeños, muy y muy lentos, evitando pisar nada que hiciera ruido. He dado una vuelta amplia para que no me viera por el retrovisor. Me he

acercado al coche por la parte del copiloto, para no asustarle.

La melodía de la ocarina se había acabado. Yo estaba a pocos metros del coche. Entonces una lagartija ha hecho un ruidito super bajito a mi lado. Él se ha girado. Y me ha visto. Se ha levantado rápido como un rayo, mientras soltaba la ocarina, que llevaba colgada del cuello con un cordel. Ha empezado a correr hacia el bosque como un atleta profesional, pero un poco cerrado de hombros. «¡Eh, espera! ¡No corras! ¡Solo quiero hablar un rato! ¡Me llamo Duna!», le he gritado.

Me había quedado como un pasmarote al lado del coche. He pensado que, si después de aquel intento tan esmerado no lo había conseguido, lo único que podía hacer era correr y atraparle.

La carrera por dentro del bosque ha sido muy dura. Se notaba que conocía cada árbol. Giraba entre los troncos como un esquiador haciendo eslalon. Yo le seguía pero cada vez estaba más lejos. Se me ha desatado la bota. No me he detenido a atarla. «Corre, Duna», me animaba a mí misma, «que no se escape».



No pensaba en si caería. No pensaba en el cordón de la bota. Le miraba. Le veía correr, vestido de negro, vestido como yo. Cada vez más lejos. Cada vez más lejos. Saltaba los pequeños arbustos. Muy ágil. Saltaba sobre las raíces gruesas que sobresalían de la tierra. «Corre, Duna, corre.» De repente, ¡pataplún!, le he visto caerse de bruces. Me he alegrado, en principio. Después le he oído quejarse y me ha sabido mal. Yo seguía corriendo. Él no se levantaba. Se había tropezado con una raíz. «¡Mierda!», ha gritado. Ya lo tenía al alcance de la mano. Ha intentado levantarse. Me he lanzado encima en un salto horizontal, como un pájaro con las alas extendidas. Nos hemos revolcado medio abrazados. Y he tenido que cerrar los ojos, porque levantábamos nubes de polvo seco.

Cuando he abierto los ojos ya no rodábamos. Nos habíamos quedado tumbados en el suelo. Yo encima de él. Con los puños le cogía las muñecas. Él tenía las palmas ensangrentadas, con piedrecitas y astillas clavadas. Entonces le he mirado la cara de cerca. Ostras. Diría que es la cara de chico más espectacular que he

visto en mi vida. La más preciosa. La más... no sé. Los ojos inmensos y grises. Los labios rojizos. La nariz muy recta, muy recta, como diseñada con una regla, pero con la punta redondeada, muy dulce. La piel más oscura que la mía, de un marroncito claro tostado. He comprobado que la ocarina, hecha de barro, estaba intacta, ni una grieta. Respirábamos aún muy rápido, cansados por la carrera. Me miraba fijamente. Me clavaba los ojos en los ojos. Mi larga melena pelirroja hacía de cortina a los dos lados de su cara.

«¿No te cansas de mirarme?», me ha preguntado. No le he contestado. No podía moverme. No sabía cómo decirle que no me cansaría nunca de mirarle. «¿Puedo irme ya?», me ha preguntado. Entonces he pensado que, como le tenía bien cogido, al menos podía ponerle una condición para dejarle ir. «Con una condición», le he dicho. No ha contestado. «Dime cómo te llamas», le he pedido. «Max. Me llamo Max. ¿Puedo irme ya?» Pero entonces yo he cambiado de idea: «Puedes irte si me dejas ir contigo al coche oxidado otro día», le he dicho. «Habías dicho una condición,

no dos. Ya sabes cómo me llamo. Suéltame», insistía. Entonces le he preguntado cuántos años tenía y me ha dicho que doce, y ha empezado a moverse como una lagartija y ha repetido: «¡Suéltame! ¡Suéltame!», como unas doce veces.

He cogido aire. Leeentamente. Los dos pulmones bien llenos. Bien llenos. Me ha parecido que ya me estaba pasando de ser mala y le he soltado. Se ha ido corriendo hacia dentro del bosque. «¿Puedo venir otro día o no?!», le he gritado. No ha contestado.

Esperaré a volver un par de días. ¿De qué debe de tener miedo?

Y ahora estoy aquí escribiendo con cara de pasta de boniato, pero, después de escribir tanto rato, ya se me ha pasado un poco el enfado con mamá.

### **5 de agosto**

Hoy muy temprano ya teníamos a las primas en la calle, llamando a la puerta de la cocina con los puños.

Gala se ha levantado de la silla con la galleta en la mano, de un saltito: «¡Abro yo! ¡Abro yo!».

Nuestras primas tienen diez años. No son pelirrojas ni tienen los ojos verdes. Son gemelas. Han sacado los rizos negros de Rita, su madre. Paula siempre lleva el pelo suelto, ni se lo peina ni se lo deja peinar. Eva siempre lo lleva recogido en una coleta perfecta. La otra única diferencia entre ellas es que Paula lleva ortodoncia y gafas. Casi siempre van vestidas de blanco, pero nunca van iguales entre ellas. (Mira, parece que ya tengo otra descripción para Manuel. ¡Pche!)

Gala ha abierto la puerta mordiendo la galleta: «¡Buenos días! ¿Cuándo habéis llegado?». Las primas nos han contado que llegaron anoche. Mis tíos tienen una casa más abajo, cerca de la plaza, y los cuatro vienen al pueblo mucho más a menudo que nosotras. Las dos se han sentado alrededor de la mesa con nosotras tres y se han frotado las manos: «¿Qué desayunamos?». Les hemos ofrecido zumo, leche, tostadas, galletas, lo que teníamos. Engullen como Negro a primera hora de la mañana, pero parece que lo queman

todo, porque están muy flacas, las dos igual de flacas.

De repente Eva se ha inclinado un poco hacia delante, sobre la mesa: «¿Está el abuelo?», ha preguntado muy bajito. Las tres hemos dicho que no, también bajito. Las gemelas se han mirado entre ellas y han hecho que sí con la cabeza. «Tenemos un plan», ha dicho Paula. Lía Literata ha parado de leer por un momento. Gala ha gritado: «¿Un plan? ¡Qué chuli!», con la boca llena de galleta. Las dos primas la han mirado muy mal y han hecho: «¡chsss!» las dos a la vez. «Tranquilas, ya os hemos dicho que no está el abuelo», les he repetido. Lía ha apartado el libro, ha levantado una ceja y ha estirado su larguísima columna vertebral. Esta es la forma de Literata de decir que se está oliendo algo gordo, que no le gustan las travesuras y que no piensa participar. También se ha metido las manos en los bolsillos. Les he preguntado: «¿Tiene algo que ver con el desván?». Las dos gemelas han hecho que no con la cabeza. «Pues va, contad qué es», les he pedido, antes de que empezaran a preguntarme a mí.

Han empezado las dos a hablar muy rápido. Se pisaban las palabras. Gesticulaban. Movían las manos como si hicieran malabares. Resumiendo: quieren animar al abuelo. Yo ya he dicho que el abuelo es un amargado y que no le íbamos a cambiar. Ellas han insistido en que desde hace tres años, desde que murió la abuela, está más apagado, que cuando éramos pequeñas era más simpático. Han dicho que el último fin de semana que vinieron al pueblo, el tío Julián (su padre, el hermano de mamá) les enseñó la barca del abuelo. «¿El abuelo tiene una barca?», ha preguntado Lía. La verdad es que a mí me suena que el abuelo tenía una barca, pero juraría que no la hemos visto nunca. «La barca se llama Teresa», ha dicho Paula. «Como la abuela», ha dicho Eva. Todas sabíamos que el abuelo era pescador de toda la vida, pero no recordábamos que tuviera una barca propia de paseo. El tío Julián les había explicado que aquella barca solo salía al mar los domingos, cuando vivía la abuela, solo para ellos dos. Por eso, cuando éramos pequeñas, los domingos que

estábamos en el pueblo los abuelos desaparecían con cualquier excusa! La cuestión es que el abuelo no toca la barca desde hace tres años. Ni la mira. Ni se acerca a la orilla del mar. Se pasa el día de casa a la plaza y de la plaza a casa. Allí se sienta en un banco y charla con los otros abuelos. Y alguna tarde especial se deja caer por el ateneo.

El plan de las primas es ir a la barca a escondidas. La barca está dentro de una caseta. Dicen que la barca y la caseta están muy estropeadas. El plan es arreglar la barca, arreglar la caseta, y darle una sorpresa al abuelo.

No he oído un plan más idiota en mi vida.

No sé ni por qué escribo esto.

Lía, que al principio no quería saber nada, ha dicho: «Me encanta la idea. Me gustará mucho ayudar al abuelo. Tengo muchas ganas de verlo sonreír un poco. ¿Puedo pedirles a Xenia y a Arlet que nos ayuden?». Yo no me podía creer lo que estaba oyendo. ¿Será tonta? De Gala Galleta me lo esperaba, ¡pero de ella no! Gala, por supuesto, quiere invitar a Fer al plan.

Y ya tengo claro que con cinco años ese niño no va ayudar nada. Además, Fer siempre lleva pegado a su hermano Emilio, que tiene trece pero a veces parece que tenga la mitad.

«Y tú, ¿te apuntas o no?». Todas me miraban a mí. He pensado en las alternativas: enfadarme con mamá, perseguir a Max, poner pienso a Negro, intentar abrir el desván, escribir este diario aburrido... La única cosa un poco chula sería ponerme sola a dibujar. «Sí, me apunto, pero que conste que yo ya sé que esto no va a servir de nada. Lo que pasa es que me aburro». Las cuatro se han reído. Yo no.

Las primas se han ido. Tienen que ayudar a los tíos a poner a punto la casa para el verano. Han dicho que pasado mañana volverán a buscarnos e iremos a ver la barca y la caseta. Entonces empezaremos con el plan.

Cuando se han ido las primas, Gala ha cogido un paquete nuevo de galletas entero y ha salido al patio trasero con Negro.

Lía y yo hemos recogido la mesa. Entonces le he dicho lo que tenía preparado desde anoche:

«Lía. A mí me lo puedes decir, que soy mayor. Mamá no se ha ido de vacaciones sola, ¿verdad? ¿Por qué nos dijo que necesitaba estar sola? ¿Con quién ha ido?». Lía ha levantado una ceja. ¡Qué pesada con lo de levantar la ceja! Tenía un plato lleno de migas en cada mano. Yo sostenía una taza. Estábamos de pie a los dos lados de la mesa.

Me ha contestado super seria: «Mamá nos trata a las tres igual, Duna. Si tiene secretos para ti, para mí también tiene. A Mamá no le importa que yo pudiera entenderlo, que tenga quince años, y que tú no. Si tú no lo sabes, yo tampoco lo sé». Odio que sea tan madura. Qué bien habla. Pero me he dado cuenta de una cosa. Me he dado cuenta de que Lía Literata tiene sentimientos. Me he dado cuenta de que Lía también está dolida con mamá. Me he dado cuenta de que somos hermanas y de que somos familia. No lo había pensado nunca.

## **6 de agosto**

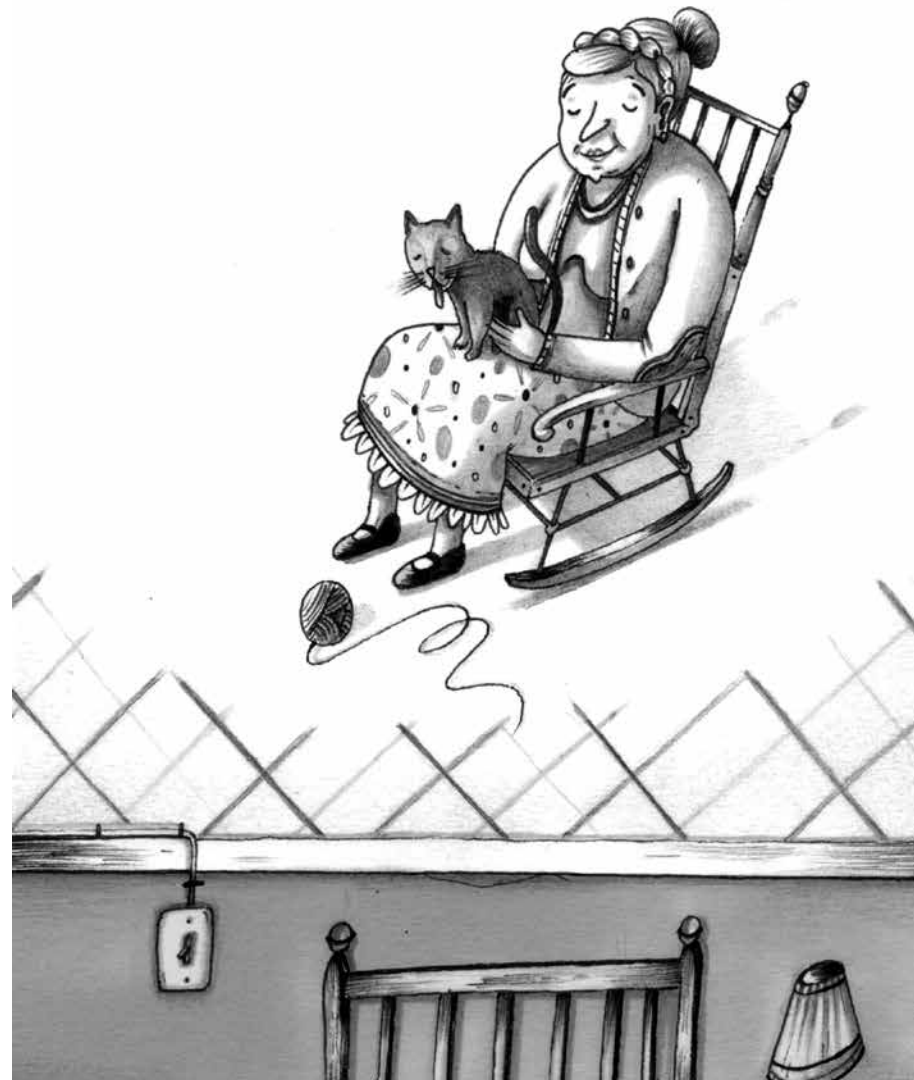
Estaba todavía oscuro cuando Lía se ha levantado y se ha metido en mi cama. No lo había hecho nunca antes. Y yo nunca me he metido en la suya. Ni aquí en casa del abuelo, ni en nuestra casa. Eso solo lo hace Gala, que muchas mañanas se levanta y se mete en la cama de Lía. La pequeña en la cama de la mayor, y la mediana que se aguante.

Cuando Lía se ha metido en mi cama... No sé, no me ha gustado nada. He pensado que seguro que quería pedirme algún favor. Me he girado, le he dado la espalda y le he dicho: «Déjame dormir». Pero ella me ha abrazado, así por detrás. «Echo de menos a la abuela», ha murmurado, «¿tú no?». Me ha extrañado mucho que Lía sintiera esto. ¿Echar de menos a la abuela? ¿Lía? Cuando la yaya vivía, yo era su favorita, lo decía todo el mundo. Lía Literata leía todo el rato y Gala Galletita todavía iba al parvulario y no ofrecía conversaciones interesantes. En cambio yo seguía a la abuela a todas partes: a la lonja del pescado,

a la playa, al bosque a pensar, al ensayo de la coral, a todas partes. La abuela y yo charlábamos mucho y de todo. El color pelirrojo ya se le había convertido en blanco pero conservaba unos ojos verdes muy vivos. Y esta mañana yo sentía el brazo de Lía envolviéndome la cintura y he pensado que ella no tenía derecho a echar de menos a la abuela.

Me he girado bajo la sábana y la he mirado. Me he apartado un poco torciendo los morros. Antes de venir a casa del abuelo, se cortó el pelo muy corto y tengo que reconocer que le queda super bien. Detrás de ella ya estaba Gala Galleta de pie y con legañas: «¿De qué habláis?». Yo he resoplado, pero Lía ha contestado: «De la abuela». «Hacedme sitio», ha exigido Gala, que llevaba a Negro en brazos. Lía se ha movido hacia mí y Gala se ha colado también dentro de mi cama. Las tres estábamos ahora boca arriba. Yo estaba al lado de la pared, Lía al medio, y Gala pegando grititos, a punto de caerse por el otro lado, como una galleta mojada que se ha ablandado. Ellas se reían.

Lía Literata ha empezado a hablar con su voz de madura repelente. Le ha contado a Gala que la abuela era rechonchita y de mofletes colorados. También le ha dicho que llevaba una trenza blanca muy larga que a la vez le servía de diadema. Entonces Gala, muy feliz, ha dicho que sí, que se acordaba. Lía ha contado que la abuela había tejido patucos para nosotras tres cuando nacimos: patucos a rayas de colores. Y que la abuela quería mucho a los gatos. Y que siempre llevaba faldas con volantes. Y que cantaba boleros como los ángeles. Mientras Lía decía todo eso yo he pensado que la abuela también tenía defectos: tenía una mecedora que hacía un chirrido insoportable, y hablaba con los gatos como si fueran niños, y cuando quería pensar no escuchaba a nadie, y cuando se pintaba las uñas se salía mucho y le quedaba fatal. ¿Por qué Lía no decía a Gala los defectos de la abuela? ¿Y por qué Lía contaba todo aquello a Gala, si la que mejor conocía a la abuela era yo? ¿Por qué no me dejaba hablar? ¿Y por qué no he sabido decirle que yo también quería decir lo mío? ¡¿Por qué me he callado?!



Y no sé por qué he escrito todo esto, con la rabia que me ha dado. En vez de olvidarlo, me he pasado media mañana escribiendo esto aquí, y ahora lo recordaré siempre. Y eso todavía me da más rabia.

Ya han pasado dos días desde que conocí a Max. No puedo decir precisamente que seamos amigos pero a mí me parece una buena opción. Tenemos a Lía, con Xenia y Arlet, hablando de libros y de concursos de cantantes de la tele. Tenemos a Gala zampando galletas, haciendo el idiota con Fer y Emilio. No se puede entender que con ocho años sea amiga de dos cafres de cinco y de trece, que son hermanos y no se soportan entre ellos. Tenemos a las primas, que son majas, pero un poco alocadas. Tenemos al abuelo, todo el día en el banco de la plaza o en el ateneo con otros viudos apagados.

Cuando me he despertado de la siesta, he pensado que era momento de volver a probar un tercer acercamiento a Max. ¿Estaría en el coche oxidado? ¿O a lo mejor tenía miedo de volver a verme allí y no había

regresado? Me habría sabido mal que por mi culpa se hubiera quedado sin su rincón favorito. En todo caso esta vez yo no iba a hacer trampa: llegaría al coche subiendo las dunas, de cara.

Me he vestido de negro, como siempre, pero esta vez con tirantes y pantalones cortos: ya es hora de que el sol me toque un poco, con esta piel tan pálida que tengo. También he pensado que así no le daría tanto miedo. Él también viste de negro pero a mí no me da miedo. Me he clavado los auriculares en las orejas en silencio y me he metido el final del cable en el bolsillo.

Cuando he llegado a las dunas el sol había bajado un poco y los colores eran más cálidos. Las lagartijas azules brillaban. He trepado arriba, mirando el coche verde grisáceo oxidado. Dentro estaba Max, tocando la ocarina, muy quieto. ¿No me veía? ¿Por qué no salía corriendo? He seguido escalando, duna arriba, duna abajo, y él no se movía. Le he saludado con la mano y me ha devuelto el saludo con la cabeza. Ha dejado de tocar. Me había visto y no se escapaba. ¿Ya no me tenía miedo? Después de las dunas, he subido a lo más alto,

a la altura del bosque. Ya tenía el coche delante. Max, desde el asiento del conductor, me miraba, muy quieto. He avanzado poco a poco. Y él seguía quieto, con los hombros cerrados. Me he acercado a la puerta del copiloto. Él no se movía. Me miraba de reojo. He metido un pie en el coche, mirándole, aguantando la respiración. Pero él no parecía tener intenciones de irse. He dejado caer el culo en el asiento y he metido el otro pie. Muy lentamente. Finalmente he dejado caer la espalda en el respaldo de terciopelo polvoriento. Entonces he sacado todo el aire de los pulmones. Max no se había ido a ningún sitio. Estaba sentado allí, a mi lado, conmigo. Los dos dentro del coche verde grisáceo oxidado.

Durante un buen rato no ha pasado nada más. Él miraba el mar y yo también. Por momentos yo también miraba su perfil con disimulo, sus pestañas largas, su nariz recta, la ocarina colgando del cuello. Me costaba respirar sin hacer ruido, el corazón me latía con fuerza. He pensado que una vez más me había olvidado de coger lápiz y papel para dibujar el paisaje. Tras el cristal invisible: el mar, la arena,

dos palmeras, las rocas, los arbustos de las dunas...

Entonces Max me ha dicho muy bajito: «Te estaba esperando».

¿Me esperaba a mí? ¿Después de lo que le hice? ¿Después de perseguirle y retenerle? ¿Después de obligarle a decirme su nombre?

«Siento mucho cómo te traté el otro día. ¿Me perdonas?», le he dicho. Él ha hecho que sí con la cabeza, sin mirarme. Le he dado las gracias y me he vuelto a disculpar. He visto que tenía su mano derecha sobre la rodilla: se muerde las uñas, como yo. Sin pensármelo mucho, he puesto mi mano izquierda encima. Él no ha apartado la suya. Solo la ha girado como una tortilla y ha envuelto la mía con los dedos, muy suavemente. He notado que en la palma todavía tiene las heriditas de cuando se cayó hace dos días.

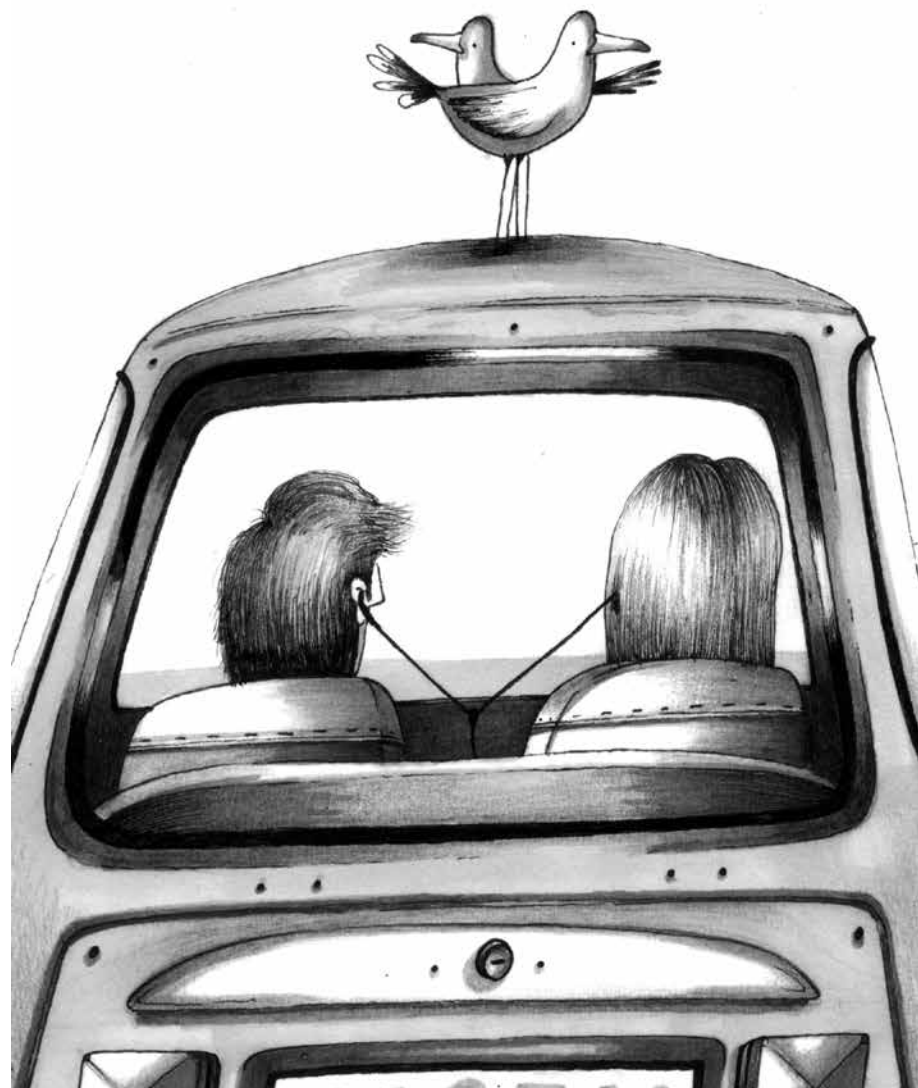
Me ha mirado: «¿Qué estás escuchando?». ¡No me había dado cuenta de que todavía llevaba los auriculares puestos! Me he sacado el de la derecha y se lo he ofrecido: «Solo el silencio». Max ha cogido el auricular y se lo ha puesto: «Me encanta el silencio».

Y nos hemos quedado así hasta que el sol ha desaparecido: escuchando el silencio, acompañado por el sonido suave suave de las olas.

No hemos hablado más. Nos hemos despedido sin hablar. No sé cuándo volveré a verle. Y ahora dibujaré de memoria su perfil a lápiz.

### **7 de agosto**

La caseta de la barca del abuelo, delante del mar, está construida sobre la arena. Es pequeña y blanca, con una puerta roja muy ancha que va de lado a lado. A las ocho de la mañana, antes de que el abuelo se levantara, ya estábamos toda la pandilla de insensatos delante de la caseta. Los nueve, de pie sobre la arena, de espaldas al mar, calibrando el trabajo. Las paredes están inclinadas: se separan entre ellas a ras del suelo y se van juntando más arriba. El techo es como redondo, «como una bóveda», ha dicho Xenia, que lo sabe todo. No hay tejas, es un techo también pintado de blanco.



En el centro de la inmensa puerta roja, un cerrojo enorme cerraba la caseta. (Esto es lo que el pesado del señorito Manuel llamaría «una descripción bien detallada de un espacio». Perdón por lo de pesado.)

«¡Aquí tengo la llave!», ha gritado mi prima Paula, con los rizos despeinados y con una sonrisa que mostraba los brackets limpiísimos que lleva en los dientes. Ha pegado dos o tres saltitos hacia la puerta, y sus rizos saltaban. Todos la hemos seguido. Fer abría la boca y los ojos como platos, como si fuera la aventura más impresionante de su vida, y de hecho debía de serlo, porque con cinco años no ha tenido tiempo de mucho. Xenia quería quitarle la llave a Paula: «Ya te ayudo yo», como si mi prima fuera imbécil, solo porque tiene cinco años menos que ella. Paula le ha dado las gracias, pero le ha dicho que no hacía falta, levantando la barbilla. Entonces ha metido la llave en el cerrojo y ha estado dándole un par de minutos. «Debe de hacer años que el abuelo no abre esto», ha dicho Lía. Al final, ¡clac!, Paula ha quitado el cerrojo: ha abierto la hoja izquierda de la puerta y Eva ha

abierto la derecha. Ha sido un chirrido largo, como un maullido.

Lo primero en salir ha sido un aliento de humedad, de podrido, de muerto. Yo hasta entonces pensaba que el plan de arreglar la barca y la caseta era un plan idiota, pero en este momento ya me ha parecido un plan imposible, ¡qué peste! Lo segundo que ha salido ha sido un murciélago. Fer ha soltado un grito y Arlet ha ido a calmarlo. Lo tercero que ha salido ha sido Eva, que acababa de entrar: «Venga, va, ¿a qué estáis esperando?».

Hemos entrado todos a pasitos pequeños. Dentro se estaba fresquito. Fer se agarraba a la mano de Emilio, y Gala a la de Lía. Como la puerta es tan ancha la oscuridad ha desaparecido enseguida. El hedor no mucho, porque está impregnado en las paredes. El suelo es de arena de playa dura, seca, muy pisada. Dentro solo había una barca, blanca, agrietada, con una raya roja dándole la vuelta y el nombre de la abuela escrito en la punta. Dentro de la barca, dos remos y una neverita de aquellas de plástico, azul y blanca. Mientras todos

hablaban de cómo quitar la humedad de las paredes, yo he entrado en la barca, me he sentado en el pequeño banco y he abierto la portilla superior de la nevera. Dentro: una botella de cava benjamín y dos copas. Todo limpio y sin estrenar.

Cuando he levantado la vista, todos me estaban mirando. Lía me ha quitado la neverita de las manos y la ha cerrado: «Tenemos que guardar esto en casa», ha dicho, «debajo de mi cama, hasta que acabemos de arreglarlo todo». Puede llegar a ser muy mandona y muy estirada cuando va de mayor. Pero, ¡bah!, no tenía ganas de enfadarme con ella.

Entonces he salido de la barca y he preguntado a las primas de dónde han sacado la llave. Me han contado que tío Julián tiene en un cajón copias de todas las llaves del abuelo, «por seguridad». Les he preguntado si también hay una llave del desván, pero las gemelas se han encogido de hombros y me han dicho que tienen prohibido meter la mano en el cajón y que esta la habían encontrado a escondidas y de chiripa.

¡Pues vamos bien!

La cosa ha continuado esta tarde. He pensado que el mejor momento para preguntarle sería cuando se levantara de la siesta, que siempre está un poco blando y de buen humor. En cuanto he oído que dejaba de roncar me he acercado al sofá. Estaba tumbado a lo largo, en calzoncillos y camiseta de tirantes, con la cola medio deshecha.

Me he quedado de pie a su lado, mirándole. Entonces ha abierto un ojo y se ha asustado al verme tan cerca. De un salto, ya estaba sentado: «¿Qué pasa?, ¿estáis bien?, ¿ha pasado algo?», me ha preguntado muy rápido. Le he dicho que solo quería hacerle una pregunta, que no pasaba nada grave. Los dedos de sus pies, en el suelo, se movían arriba y abajo. Me miraba. Negro todavía se medio despertaba a su lado, bostezando. Yo pensaba en cómo hacer la pregunta. No quería preguntar por qué el desván estaba cerrado. No quería preguntar qué hay encerrado en el desván. No quería levantar sospechas, así que me he hecho la inocente, aunque yo ya sospechaba que no está cerrado por casualidad. He soltado la

pregunta más sencilla posible: «¿Me prestas las llaves del desván?». Y la excusa más simple del mundo: «Quiero ver si encuentro algún juguete de cuando éramos pequeñas».

El abuelo Ignacio ha abierto mucho los ojos y ha aferrado las manos a las rodillas. Ha dejado de mirarme. Negro ha saltado del sofá y se ha alejado. El abuelo ha empezado a rascarse la frente mientras me decía: «Pues no lo sé. Hace años que está cerrado. De la llave, pues no sé nada, nada de nada, yo qué sé. No hay juguetes vuestros, ¡qué tontería! Oye, Duna, ¡¿a mí qué me cuentas?! ¡No tienes nada que hurgar en el desván! ¡¿Eh?!».

No sabe disimular. Me hablaba a gritos y meneaba las manos. O sea que está confirmado: el abuelo tiene un secreto y lo tiene encerrado en el desván.

## **8 de agosto**

Hoy a las nueve y veintisiete minutos de la mañana han llamado a la puerta de la cocina. Gala ha ido a abrir con la boca llena de galletas en proceso de masticación. Sobre la alfombra vieja de la entrada estaba la cartera plantada como un poste, con el casco de la moto encasquetado. «Postal de vuestra madre», ha dicho. «¡Qué viajera se ha vuelto!». Se la ha dado a mi hermana pequeña y se ha ido con la sonrisa puesta.

Gala ha cerrado la puerta y ha empezado a leer en voz alta mientras caminaba hacia la mesa, donde Lía y yo acabábamos de desayunar. «Queeeeeeriiiiiiiiiiidaaaaaas hiiiiiiijas». En cuanto se ha sentado le he quitado la postal de las manos: «Vas muy lenta, Gala, déjame a mí». Entonces Lía me ha quitado la postal de las manos y se la ha devuelto: «Déjala, va, que tiene que practicar». Enseguida me he dado cuenta de que mi gesto había sido muy desconsiderado, pero no he querido reconocerlo y he puesto mala cara. Gala ha seguido leyendo lentamente, ya bien sentada,

escupiendo alguna miga de galleta. La postal es una foto de la Fontana di Trevi y por detrás dice:

¡Queridas hijas!

¿Qué tal por el pueblo? ¿Ya han llegado las primas?

¿Os estáis portando bien con el abuelo?

Aquí en Roma hace un calor increíble pero la ciudad es preciosa. He tirado una moneda a la fuente de la foto y he pedido volver con vosotras. Mañana ya estaremos en Atenas y de allí iremos a Estambul. ¡Qué aventura!

Lía, aunque leas tanto, imira el paisaje de vez en cuando!

Duna, idibuja y escribe mucho! Gala, cuidado con las galletas, ino te empaches!

¡Besos, princesas!

Olga

52

«Está escrito en plural», he dicho yo enseguida, dando golpecitos con los dedos en la mesa. «Y es una mandona», ha añadido Gala, mientras estiraba la mano hacia las galletas que Lía le apartaba de delante. Después Lía Literata le ha quitado la postal

a Gala: «¿Qué quieres decir, Duna, con que está escrito en plural?». Se ha puesto a releer y enseguida ha abierto los ojos como platos: «¡Tienes razón! “Mañana ya estaremos en Atenas y de allí iremos a Estambul”. Esto confirma lo que oíste por teléfono, ¡que no va sola! ¿Y por qué escribe esto pero no dice con quién va?».»

Lo hemos estado comentando las tres juntas un rato y hemos llegado a unas cuantas conclusiones:

1. Que si no va sola pero no nos dice con quién, pues que a lo mejor tiene un rollete, pero...

2. Que si nos escribe la postal en plural es porque en el fondo quiere ir contando su secreto poco a poco, y que al final lo sabremos todo.

3. Que es una cobarde que no nos lo dijo a la cara antes de irse y que ahora se hace la interesante.

4. Que no confía en nosotras, o que tiene miedo de hacernos daño, o que se cree que somos idiotas.

Con todo esto, cuando hemos acabado, estábamos super enfadadas con mamá pero a la vez éramos

53

más hermanas que nunca. Y en resumen he estado medio contenta.

Por la tarde, en cuanto el abuelo se ha tumbado a hacer la siesta, hemos salido las tres corriendo hacia la caseta de la barca, donde habíamos quedado con toda la pandilla de tarambanas.

Yo hubiera preferido ir a hablar con Max antes que hacer un trabajo tan inútil como arreglar una barca. Al abuelo no le va a gustar cuando lo sepa. En vez de darnos las gracias ise pondrá como loco! Lo que pasa es que quiero dejar espacio a Max, y no quiero que parezca que no colaboro con las tareas de la pandilla, por muy chapucera que sea la pandilla esta. Además, hoy aún no hemos hecho nada irrespetuoso. Solo hemos estado limpiando, y por eso no se puede enfadar nadie.

Esto no haría falta ni escribirlo aquí en el diario, si no fuera por cómo ha acabado la cosa. Lo cuento.

Hemos llevado trapos y cubos de agua y hemos quitado el polvo y las manchas de humedad de las paredes



y de la barca. Solo con esto, la barca ya era más blanca y la peste a podrido y a muerte se ha suavizado. Me ha parecido que el nombre de la abuela, pintado en rojo en la proa, ya se veía más bonito. Se me han humedecido los ojos, pero he llegado a tiempo de secarme las lágrimas antes de que me vieran los demás.

He puesto una mano sobre el hombro de mi prima Eva, que estaba limpiando un remo, y le he dicho: «Oye, pregunté al abuelo por la llave del desván y se puso muy nervioso. Creo que esconde algo». Cuando Eva me ha mirado intrigada, me he dado cuenta de que los demás habían dejado de limpiar y ponían caras raras. Lía volvía a levantar la ceja, Arlet esperaba de brazos cruzados a que yo hablara, Xenia clavaba los ojos en Lía, Fer y Gala se reían por lo bajo, y Emilio y Paula se miraban entre ellos y se encogían de hombros. He continuado: «¿No os parece raro que el desván esté cerrado y que, si le pregunto, se ponga a gritar y a menear las manos como un loco?». Todos han hecho que sí con la cabeza. No sé si me hacían mucho caso. Y he dicho: «Dice que él no tiene ninguna llave.

Y yo creo que miente. ¿Por qué no revolvéis en el cajón prohibido donde vuestro padre tiene las copias de todas las llaves del abuelo, primitas? Tiene que ser una llave vieja y pequeña». Todos han vuelto a hacer que sí con la cabeza, ahora más serios. Eva y Paula me han prometido que la buscarían, y que lo harían sin preguntar y a escondidas.

### **9 de agosto**

Hoy hemos hecho progresos con Max. Él ya no me tiene miedo y yo ya puedo respirar con normalidad cuando está cerca.

He llegado yo la primera al coche oxidado. Me he quitado los auriculares, aunque él ya sabe mi secreto: que si me habla le oigo.

Por educación, me había sentado en el asiento del copiloto, esperando que él prefiriera el otro. En cambio, él ha aparecido por mi puerta (aunque no hay puerta, solo el agujero) y me ha tocado un hombro con

la punta del dedo. Me he asustado un poco y he empezado a respirar más rápido. Yo llevaba una camiseta de tirantes. La piel de su yema del dedo y la piel de mi hombro han estado juntas un momento. Mi hombro, caliente y blanco, un poco rojo por el sol, recubierto de pecas, y su dedo moreno y frío.

Nos hemos mirado. Me he hundido en sus ojos grises, y podría jurar que él se colaba en mis ojos, en los dos. Cuando alguien me mira a los ojos siempre tengo la sensación de que me mira al negro, luego al verde, alternativamente. Como si no entendiera que son diferentes. Como si tuviera que escoger uno. Como si quisiera descubrir cuál es más bonito. Pero los dos ojos son míos, yo soy los dos ojos. Max se hunde en mis ojos a la vez y no escoge, no piensa, no duda. Me ve en ellos.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Lo que sé es que Max ha esperado a que mi respiración se calmara. Entonces ha hecho un movimiento de cabeza casi imperceptible, sin hablar, pero he entendido que quería que le siguiera y he salido del coche.

Le he seguido por el bosque, entre los pinos. Caminábamos tranquilos y de vez en cuando se giraba para mirarme. Yo ya me olía a dónde íbamos. Efectivamente, al cabo de diez minutos ya estábamos delante de la autocaravana pintada con flores de colorines. Ahora la puerta estaba abierta. Desde una de las ventanas traseras nos observaban unos ojos grandes, y unos dedos apartaban una cortina. Max ha saludado con la mano. Y después el señor de los ojos grandes ha salido por la puerta: en chanclas, canoso, con un poco de barriga y sin afeitarse. Me ha mirado y al cabo de unos segundos ha sonreído. Max ha dicho: «Papá, esta es Duna, la amiga de quien te hablé».

La palabra amiga se me ha clavado en el corazón como una flecha. ¡Pensaba que Max me tenía miedo y ahora decía eso de mí! Yo, ¡una amiga!

Su padre se ha puesto a desplegar sillas y una mesa que tenían apoyadas en el tronco de un árbol. Me ha invitado a sentarme. Me han ofrecido un zumo de naranja buenísimo y cruasanes, blandos por dentro y crujientes por fuera. Hemos merendado

y hemos dicho pocas cosas. Max no ha dicho nada pero su padre me ha dicho que mi cabellera pelirroja es muy bonita. Y me ha contado que hace dos años que viven allí en medio del bosque, que Max ha ido al cole del pueblo durante los últimos cursos, y que el año que viene le toca ir al instituto de Vellescut, así que igual cambiarán la autocaravana de lugar. «Yo también empiezo el instituto en septiembre», he dicho, contenta, «¡estaremos juntos en clase!». Max ha hecho una sonrisa pequeña, con sus labios rojizos manchados de zumo. Su padre me ha puesto una mano en el hombro y me ha dicho: «Duna, es que yo te quería hacer una pregunta». Yo le he mirado muy atenta, educada, a ver qué tenía que decir. Y entonces me lo ha pedido: «¿Tú podrías ayudar a Max a sentirse bien en el instituto?».

60

He buscado los ojos de Max, que ha dicho: «Que no hace falta, papá». Ha bajado la cabeza y cerraba los hombros. Yo no entendía la pregunta. Si hace dos años que va al cole de Dunas, ya debe de tener amigos que irán también a nuestro instituto. Pero entonces...

¿qué quería decir su padre? ¿No había hecho amigos aquí? ¿No se sentía bien? He decidido que era mejor no preguntarles esas cosas. Y tampoco he sabido responder enseguida a la pregunta de su padre, porque me hacía sentir un peso muy grande en los hombros. Debajo de la mesa, he tocado la rodilla de Max. Entonces él me ha mirado, y se me ha bebido los ojos, los dos, de un sorbo, y he sabido que, por supuesto, yo podía ayudarle a sentirse bien en el instituto. Y él a mí.

He regalado una sonrisa a su padre y le he dicho: «¡Claro! Y él también hará que yo me sienta mucho mejor».

Esta cosa de cuidar a los otros, y de dejarse cuidar, me ha tenido con el runrún en la cabeza toda la tarde: durante el paseo hacia casa, el rato que he estado en el patio de la cocina dibujando las babosas que escalan las paredes... Hacia al atardecer me he dado cuenta de que no había que pensar tanto. Solo me hace falta imaginar los ojos de Max mirando a los míos y respirar poco a poco.

61

Ahora es super tarde y no me puedo dormir después de lo que ha pasado. A ver si escribiendo me entra el sueño.

Todo ha empezado a medianoche. Cuando he visto que ya eran las doce he pensado que el abuelo debía de haberse dormido y he salido de la cama. El primero en seguirme ha sido Negro, que ha saltado rápido al suelo. Por la ventana se adivinaba una noche muy oscura. Tenía que despertar a Galleta y a Literata para que vieran con sus propios ojos la puerta cerrada del desván. Y lo que se ve por el ojo de la cerradura.

Gala ha abierto los ojos muy rápido y ha tardado dos segundos en ponerse las zapatillas, dos vacas de peluche. ¡En bragas y con estas zapatillas da mucha risa! Se frotaba los ojos de sueño, pero estaba bien recta y tenía ganas de aventura. Lía, en cambio, cuando le hemos tocado el hombro, se ha girado hacia la pared: «Tengo sueño». Negro le ha lamido una mejilla, pero ella nada de nada.

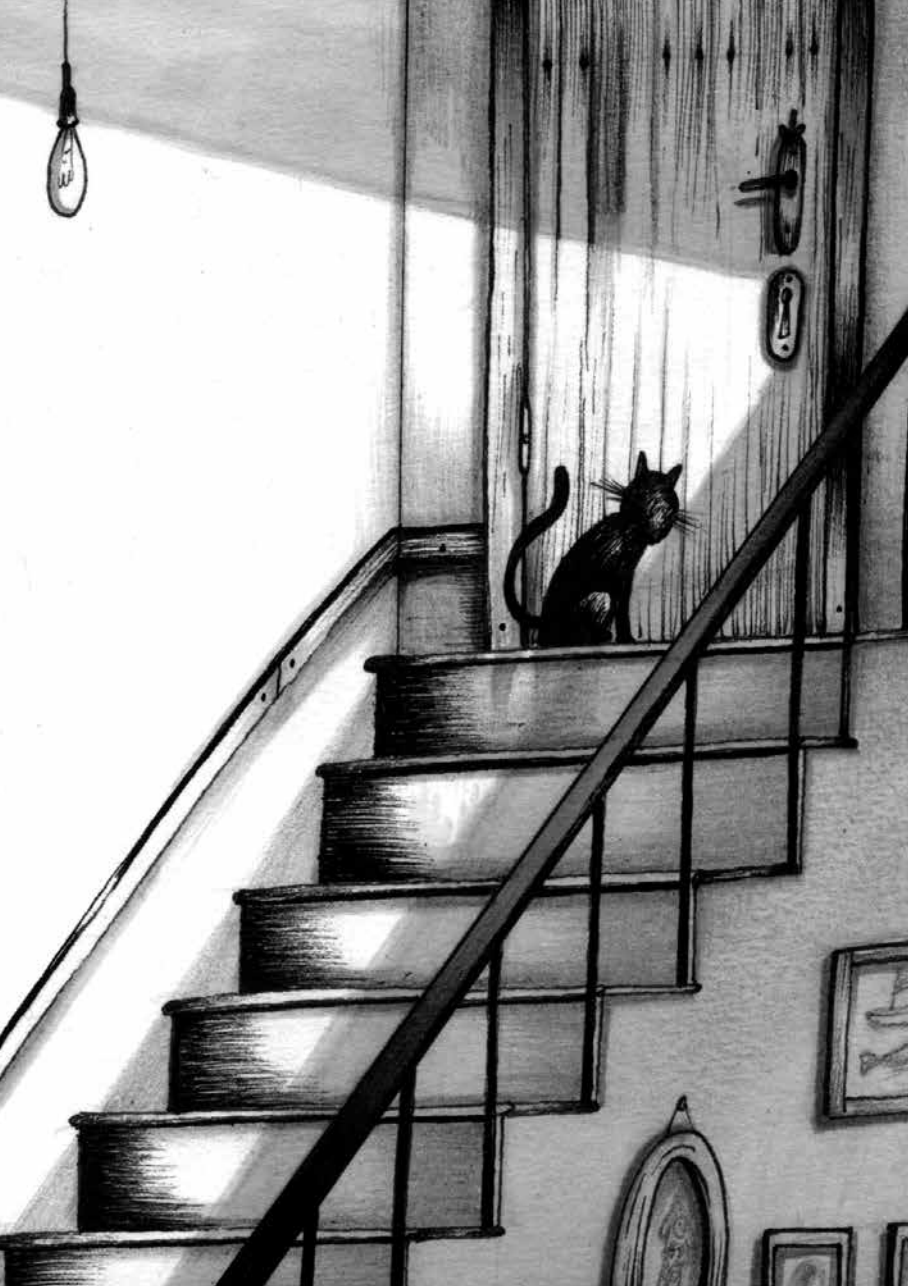
La pequeña y yo hemos salido de la habitación hacia las escaleras del desván. Gala me ha cogido la

mano y me ha confesado: «Tengo miedo». Yo le he sonreído y le he sacudido su corta melena con los dedos. Hemos avanzado, yo descalza y ella con las vacas de peluche, sin hacer ruido. Negro nos seguía.

En cuanto hemos girado hacia las escaleras del desván, lo hemos visto: arriba, en la negrura de la noche, un haz de luz salía por el ojo de la cerradura, como un rayo mágico. Mi hermana ha soltado un grito y se ha cogido fuerte a la madera vieja de la barandilla.

Hemos empezado a subir. Cuando todavía estábamos en el tercer peldaño ya teníamos a Lía pegada a nuestras espaldas. «He oído un grito», ha dicho, «y me he asustado». La camiseta le llegaba a las rodillas y su pelo corto y naranja apuntaba al techo. Sus ojos todavía no se habían abierto del todo. Hemos continuado subiendo las tres, hasta arriba, hasta la puerta centenaria.

La primera en poner el ojo en el cerrojo ha sido Gala. Y ha dicho: «Ualá, ¡cuánta luz!». Me ha soltado la mano para coger a Negro y acercarlo al cerrojo: «¡Mira, Negro!



¡Mira qué blanco todo!». Lía les ha apartado con una caricia, con su dulzura habitual, y ha pedido que la dejaran a ella. Ha mirado por el agujero, y después a mí, con los ojos ya muy despiertos: «Pero ¿de dónde sale todo este resplandor, Duna? ¡Es el blanco más puro que he visto en mi vida!». Yo hacía como que lo sabía todo, pero en realidad estaba alucinada. ¿Cómo podía ser que, de noche, también se viera tan tan blanco? Me he agachado a mirar. Efectivamente, el mismo blanco, el blanco reluciente de la otra vez, que en la negrura de la medianoche todavía resplandecía más. Y estaba allí con mi ojo negro puesto en la cerradura, cuando dentro del blanco he visto... una mancha. Una mancha oscura, una silueta, una sombra desenfocada que pasaba rápidamente de un lado a otro. Era... ¿qué era? Era... ¿un fantasma? ¿Pero qué estaba diciendo? Era... ¿otro gato? ¿Un pájaro? No, demasiado grande. Era... ¡era el abuelo! ¡Tenía que ser el abuelo!

«Me parece que dentro está el abuelo», he dicho a mis hermanas susurrando. Las dos han vuelto a mirar por el ojo de la cerradura y han dicho que no,

que todo era blanco. «El abuelo está durmiendo, está en su cama», ha dicho Lía, «...¿o no?». Entonces las tres nos hemos girado a mirar hacia abajo, al pie de las escaleras, hacia la puerta cerrada de la habitación del abuelo. Negro ha bajado rápido, y ha empezado a rascarla. Nosotras hemos bajado lentamente, silenciosas. Yo he puesto la mano en la manilla para abrir, pero Lía me ha detenido y ha golpeado muy educada con los nudillos, con tres golpecitos suaves. Ninguna respuesta. Hemos esperado un rato, hemos seguido llamando poco a poco. Gala se ha cansado de esperar y, finalmente, sin que Lía pudiera evitarlo, ha agarrado el mango y ha abierto la puerta de par en par.

Dentro de la habitación, dentro de la cama deshecha del abuelo, nada. Nada. Nadie. El abuelo no estaba. O sea que estaba en el desván.

Así que el abuelo de noche sube al desván y, sin hacer ruido, está allí haciendo quién sabe qué, en medio de una claridad deslumbrante, hasta quién sabe qué hora. No lo entiendo. ¿Qué hace allí, a aquellas horas? ¿Y qué esconde tanto resplandor?

Y ahora que he acabado de escribir esto, Lía da vueltas en la cama, Gala acaricia a Negro con los ojos como platos, y yo ya no sé qué más escribir para que me entre sueño.

### ***10 de agosto***

¡Ja! Lo que me ha pasado hoy sí le va a gustar a Manuel. Es el tipo de cosas que un maestro quiere leer en el diario de verano de una chica aburrida. Cambios, hacerse mayor, madurar... Todo esto les encanta a los profes del cole y a las madres modernas. «Cuéntamelo a mí», te dicen, «que yo te entiendo, yo siempre te entiendo, no tengas miedo». Y eso les encanta. Ir de amiguitos enrollados. Bueno, lo cuento.

Bueno lo cuento aquí pero todavía no se lo he contado a nadie.

Me he levantado con ganas de mear. He tenido que esperar en la puerta del baño porque estaba el abuelo, lavándose la cara. Cuando ha salido no le he preguntado

nada del desván, porque ya lo investigaremos nosotras, que ya sabemos que él no nos lo contará nunca.

He entrado en el baño tan tranquila y he levantado la tapa del váter. He meado durante veintisiete segundos. Me gusta cronometrarme. Siempre hago récords por la mañana. He cogido papel para limpiarme y... ahora viene cuando escribo lo que le gustará a Manuel y a mamá: el papel se ha manchado de rojo. Un rojo rosado, tampoco muy rojo. Pero sin duda esto significa que hoy, día 10 de agosto, a mis doce años, he tenido mi primera regla.

Entonces, de repente, sin saber por qué, me he puesto a llorar como una idiota. Allí sentada en el váter, con el papel manchado en la mano, lloraba como una niña pequeña. ¿Por qué lloraba? No lo sabía. Una voz dentro de mí me ha dicho: «Estoy muy sola». Y a partir de aquí he comenzado a entrelazar frases. Mamá está lejos. Gala solo tiene ocho años. Lía lo contaría enseguida a Arlet y Xenia, y vendrían las tres para incluirme en su club de chicas super guays super adultas-de-quince-años super

lo-sabemos-todo-de-la-vida-porque-ya-tenemos-la-regla. El abuelo es un rancio. Negro sabe escuchar pero nunca tiene respuestas. Max es un chico. La abuela está muerta.

Cuando he pensado que la abuela está muerta mi llanto se ha convertido en un sollozo profundo y ruidoso. Y me he dado cuenta de que toda la llorera era porque no tenía a la abuela al lado para decirme «No pasa nada, Duna, no pasa nada», y para comprarme unas compresas o unos tampones o yo qué sé.

Me he levantado, me he subido las bragas y he empezado a rebuscar entre cajones y portezuelas del baño pero no había nada. He tenido que apañármelas con una toalla pequeña y blanca que he doblado tan bien como he podido. Pero en realidad esto de hoy ha sido solo un aviso y no he sangrado mucho más, así que puedo ir a dormir tranquila de momento, y mañana ya veremos.

Pero antes, para que no parezca que toda mi vida gira alrededor de un papel manchado de sangre, quiero contar cosas de la barca.

Lo que pasa con la barca es lo que yo ya sabía. Yo ya sabía que no podríamos hacer nada. ¿Qué hacemos una pandilla de nueve flipados con una barca polvorienta?

Hoy hemos llegado a la caseta vestidos con ropa vieja y bien arremangados, dispuestos a todo, y nos hemos quedado mirándonos entre nosotros. No teníamos ningún tipo de material: ni pintura ni herramientas ni nada. ¿Qué se hace para arreglar una barca vieja y una caseta que huele a muerto? Allí estábamos, los nueve pasmarotes alrededor de la barca, mirándonos. Emilio ha dicho: «¿Y ahora qué hacemos?». Y de repente Paula ha empezado a reír por lo bajo, y al cabo de poco ya estaba partiéndose de risa. Los rizos sueltos le rebotaban, los aparatos de los dientes se le veían al completo y las gafas le han resbalado nariz abajo. La risa de Paula ha empezado a contagiarse, y al instante todos nos tronchábamos.

Conclusión: no tenemos ni idea. Ni-i-de-a.

Cuando hemos podido dejar de reírnos, hemos salido de la caseta y nos hemos sentado en círculo en

la arena, entre la puerta y el mar. Hemos estado divagando a la deriva, haciendo propuestas estúpidas, hasta que Arlet se ha levantado y nos ha puesto las pilas a todos: «En tres días todo el mundo a merendar a mi casa, y buscamos por Internet. ¿Os va bien, de aquí a tres días?». Todos le hemos dicho que sí. Xenia, que va de líder guapa, no la ha pisado, diciendo que mejor en su casa. Y Lía, que va de sabionda, no ha propuesto consultar libros en la biblioteca pública. Así que eso: de aquí a tres días nos ponemos manos a la obra.

### ***11 de agosto***

Hoy cuando me he levantado me he dado cuenta de que el tema ya no podía esperar más. Sangraba más que ayer. ¿Podía decírselo a tía Rita? Pero, ¿y si las primas empezaban a hacer bromas? Me ha costado unas cuantas respiraciones profundas (de aquellas que hace el abuelo a veces) decirme a mí misma: Duna, tienes una hermana, una hermana mayor,

confía en ella. Confía en ella. Confía en ella. Confía en Lía, Duna.

En el baño, he lavado con jabón la toalla pequeña que me puse ayer. He gastado un montón de jabón para dejarla limpia, y la he tendido en el alféizar de la ventana.

Después me he acercado a la cama de Lía, que estaba durmiendo todavía abrazada a un libro. No me he atrevido a sentarme por si le manchaba las sábanas. He dicho su nombre muy bajito. No quería de ninguna forma que se despertara Gala Galleta, que es una boca-zas. La persiana bajada mantenía la habitación en la penumbra. He repetido el nombre de Lía muy bajito. Entonces se ha movido un poco, se ha girado, ha tirado el libro y ha abierto los ojos despacio. Ha levantado una ceja. Algún día le pediré que me enseñe a hacerlo, cómo subir solo una ceja y dejar la otra muy quieta. Y me he dado cuenta de que ya tenía a Gala al lado, en bragas, tirando de mi camiseta: «¿Qué pasa? ¿Qué pasa?». He resoplado. Lía también me ha preguntado qué pasaba. Y yo callada. Y Lía me ha pedido que me

sentara en la cama y yo he hecho que no con la cabeza.

«¿Te duele?», me ha preguntado Lía. Y se ha levantado y se me ha plantado delante. Y yo he hecho que no con la cabeza. «¿Quieres que avisemos a la tía?», me ha preguntado. Y yo, callada. «Me sabe mal que pases esto sin mamá, Duna, pero yo estoy aquí, puedes contar conmigo». Lía no se callaba y yo no sabía por qué me decía todo aquello, si yo todavía no le había contado nada. Gala ha estirado la camiseta de dormir de Lía y le ha preguntado: «¿De qué hablas, Lía?». Y entonces Lía le ha dicho tan tranquila que yo tenía la regla, que era la primera vez, que yo estaba un poco asustada, pero que no pasaba nada, y que no dijera nada a nadie sin mi permiso.

iiiOstras!!! iiiLía me saca de mis casillas!!! iiiMe-sa-ca-de-mis-ca-si-llas!!! ii¿Cómo es posible que haya adivinado lo que me pasaba?!! ii¿Cómo es posible que siempre esté tan por encima de las circunstancias?!! iiiGrrrrr!!!

Lo que pasa es que yo necesitaba su ayuda y no podía enfadarme. En mi cabeza me imaginaba

estrangulándola y por fuera intentaba mostrarme calmada, educada, agradecida. Creo que no me he equivocado y que he hecho bien en no gritar. Después lo he pensado y se me ha pasado el enfado. Lía solo quería ayudarme. Es solo que es tan perfecta que me resulta un poco repelente.

Bueno, el hecho es que Lía se ha portado muy bien. Ha sacado del armario su superneceser rojo y ha sacado compresas y tampones. Me ha contado las cuatro cosas básicas: que las compresas con alas son un rollo, que no hace falta pegar las compresas dentro de las bragas demasiado atrás, que los tampones al principio cuestan pero que después son cómodos, que hay de tamaños diferentes... Y yo me he decidido por una compresa y le he dicho que eso de los tampones lo probaré más adelante. Lía me ha dado unas cuantas y me ha dicho que si necesito más no hace falta que se las pida, que ahora yo ya sé dónde están.

«Muchas gracias, Lía». Le he dado un beso en la mejilla, me ha salido así. Ella ha dicho: «Si te duele, no te asustes», y me ha acariciado la barriga un poco.

Gala ya debía de estar abajo engullendo galletas, porque había desaparecido. Negro me miraba desde mi cama y me parece que me ha guiñado el ojo.

Después de comer las primas han llamado por teléfono: «¡Venid! ¡Venid rápido a nuestra casa!».

Gala se ha puesto las sandalias en una milésima de segundo. Lía ha cerrado el libro que estaba leyendo. Yo he guardado en el cajón de la mesilla de noche un retrato del abuelo a medias. Me he cambiado de ropa porque me gusta hacer las misiones vestida de negro. Es broma, pero realmente no me gustaría que nadie supiera que a veces voy por la casa con un conjuntito rosa que me compró la abuela en el mercado que ponen los domingos en la plaza (y que además ya me queda pequeño).

Hemos llegado a casa de las gemelas sofocadas, porque Gala corría como un conejito y no queríamos perderla de vista. Eva ha abierto la puerta, con los rizos muy estirados en una cola perfecta, como siempre. Ha mirado a izquierda y derecha de la calle, y después nos

ha invitado a entrar rápido sacudiendo la mano. Paula nos ha hablado mientras se cepillaba los dientes, pero más o menos hemos entendido: que no encontraban la llave del desván del abuelo, que teníamos que ayudar a buscarla, que los tíos habían ido a tomar el café al puerto y que teníamos que darnos prisa.

Yo he empezado por el cajón prohibido donde el tío Julián tiene las copias de todas las llaves del abuelo. Las primas ya habían mirado, pero he preferido comprobarlo yo misma. Llaves pequeñas, grandes, brillantes, oxidadas, con llavero, solitarias, con cabezas de plástico... pero ni una como la que yo imagino que debe de ser la del desván: antigua, con un círculo sencillo y un cilindro estrecho que acabe en un solo diente. He pensado que no tendría que haber desconfiado de las gemelas, si ya habían buscado en el cajón, y he recordado que yo a los diez años ya sabía buscar bien las cosas sola. Yo también soy repelente a veces.

Mientras tanto las otras revisaban la cocina, los armarios de ropa, los cajones del lavabo... Y entre

todas hemos rebuscado en el joyero, la caja de herramientas, la colección de monedas y entre los cubiertos de plata de las grandes ocasiones. Nada. Nada de nada.

Resumiendo: el abuelo tiene el desván cerrado. El abuelo esconde un secreto. El abuelo no deja copia de la llave del desván ni a su querido hijo Julián.

Tendremos que remover entera la casa del abuelo y darle un buen meneo hasta que aparezca la llave. La llave que el abuelo usa por las noches.

### ***12 de agosto***

Yo ya sabía que Max era una persona especial. Por eso me gusta tanto. ¡Me encanta! Pero lo que ha pasado hoy no lo puedo entender. A ver si mientras lo escribo puedo sacar algo en claro. Estaría bien que esto de escribir sirviera para alguna cosa.

He ido al coche oxidado andando descalza por la playa. Me he mojado hasta las pantorrillas. ¡Qué fresquita! ¡Con el calor que hacía! Mientras tanto,

reflexionaba sobre lo de los tampones y las compresas. Eso de los tampones debe de ser cómodo cuando te quieres poner un biquini, entiendo. Yo hoy ya he sangrado muy poco, solo un poco por la mañana. Lía me ha contado que la primera regla puede ser muy corta. Y me ha dicho que me dejara una compresa puesta por seguridad, pero después la compresa ha estado limpia todo el día.

He trepado dunas arriba. Podía ver a Max en el asiento del conductor. Y ya oía el canto de la ocarina. Me ha sonreído y me ha saludado con la mano. Una lagartija azul me ha adelantado por la izquierda. Cuando he llegado arriba me he quedado de pie junto a Max, fuera del coche. Él llevaba tejanos largos y camiseta azul y me ha dicho: «Hola».

«¿Quieres bañarte?», le he preguntado. De repente Max ha dejado de sonreír, ha cerrado mucho los hombros hacia adelante y ha cruzado los brazos sobre el pecho. Ha bajado la cabeza. Le he preguntado qué le pasaba y le he puesto una mano en el hombro, pero se ha removido nervioso y me

ha rechazado la mano. He dado la vuelta al coche y me he sentado en el asiento del copiloto. «¿Quieres un auricular para escuchar el silencio?». Me ha respondido que no.

Hemos estado un rato sin decir nada de nada. ¡Este chico es tan callado! ¡Caramba! Con los dedos se apretaba las rodillas y yo le miraba las uñas mordidas. Él se contemplaba los pies, metidos en unas botas mal abrochadas.

Poco a poco he empezado a hablar, sin prisa. Le he contado que había venido andando por la orilla del agua y que estaba fresquita y buena. Y él me ha respondido, sin levantar los ojos: «No me quiero bañar. ¿No lo has entendido? No me quiero bañar». Yo no entendía qué le pasaba pero no tenía ganas de enfadarme. Este Max me interesa. Me interesan sus ojos inmensos y grises, sus labios rojizos, su piel tostada, sus cabellos siempre desordenados, su nariz rectilínea, sus uñas mordidas, sus hombros cerrados, su ocarina. Me gustaría dibujarlo despacio. Este Max me interesa y no me enfadaré con él porque tenga un mal día.

Le he dicho: «No pasa nada. Solo quería mojarme los pies. Yo hoy tampoco puedo bañarme, ¿sabes?». Max me ha preguntado por qué no podía, y a mí me daba un poco de vergüenza, pero he pensado que las cosas no se pueden decir a medias. Él arrugaba la nariz y las cejas y yo buscaba las palabras. He cogido aire y lo he soltado: «Pues porque tengo la regla. Y... es la primera vez. Y hoy ya no he sangrado pero prefiero no bañarme. No pasa nada. No nos bañamos».

No decía nada, él. Solo seguía apretándose las rodillas, cada vez más fuerte.

Le he dicho: «Eh, si quieres bajamos a pasear y solo nos mojamos los pies. ¿No? Venga, Quítate esas botas y súbete los pantalones, va. ¿Qué pasa, que ya tienes pelos de hombre en las piernas? ¿Te da vergüenza?». Me he reído un poco, a ver si así se relajaba.

Y ¡¡¡bum!!! ¡¡¡Max ha explotado!!! Ha estallado como una pelota rellena de confeti negro y de fuego al rojo vivo. Se ha levantado y ha salido del coche. Ha empezado a gritar como un profe repartiendo broncas. Movía mucho los brazos y andaba arriba y abajo alrededor

del coche. Yo no me podía mover. No sabía qué decir. El coche ya no tiene retrovisor y no lo he podido comprobar, pero seguro que yo ya ponía cara de pasta de boniato otra vez. Él no me miraba, solo gritaba a diestro y siniestro.

«¡Que no me quiero bañar, te digo! ¡No-me-quiero-bañar! ¿Lo entiendes o no? ¿Me oyes? ¡Y no! ¡No tengo pelos de hombre en las piernas! ¡No tengo ni un pelo, de hombre, ni en las piernas ni en ninguna parte! ¡Pero algún día tendré, ¿vale?! ¡Y déjame en paz! ¡¿Por qué me persigues?! ¿Te crees que me importa tu menstruación? ¡¡¡Tu menstruación monstruosa me la trae floja!!! ¡¡¡No quiero compartir tus secretitos de niña estúpida!!! ¡¡¿No tienes amigas o qué?!! ¡¡¡Déjame en paz!!! ¡¡¡Vete y no vuelvas nunca más!!! ¡¡¡Nun-ca-más!!!»

Entonces Max se ha ido corriendo. Yo me he quedado dentro del coche y no quería llorar. No quería llorar. Quería estar enfadada con Max. Perseguirle. Gritarle. Pero no me salía. No estaba cabreada. ¿Estaba triste, quizás? No lo sabía. Me he sacado del bolsillo los auriculares y me he puesto a escuchar el silencio

con los ojos cerrados. Entre los párpados cerrados, me ha resbalado un lagrimón mejilla abajo.

Y bueno, en este caso escribir no me ha servido de mucho. No sé si he sacado algo en claro o no. Pero me ha hecho recordar que Max se apretaba las rodillas mientras yo le hablaba. Y esto me dice que la cosa no es tan simple como parece.

### **13 de agosto**

¡Ahora sí que no!

¡Ahora sí que ya no pienso escribir más!

¡Mentirosos!

¡Mentirosos los dos!

Nos deja aquí tiradas con la cancioncita de «necesito estar sola», «necesito viajar sola», «es que necesito desconectar, de verdad», y a mí me dicen que escriba este diario, «que escribir va muy bien», «que así practicas y maduras», y me lo dicen solo para tenerme entretenida, ¡y se van los dos de viaje!

¡Mamá se ha ido de viaje con Manuel! ¡Con mi maestro! ¡El mío! ¡No con la maestra de Gala ni con la tutora de Lía, no! ¡Con mi maestro! ¡Para fastidiarme a mí! ¡A mí! ¿Qué hacen por las noches, después de ver mundo? ¿Toman un cóctel mientras me critican? ¿Hablan de mis notas del cole y de mis aptitudes? ¿Qué pinta mamá de viaje con mi maestro? ¿Se han hecho amiguitos? ¡Qué asco! ¡Qué rabia dan! ¡¡¡Ostras, qué mala suerte tengo!!!

Ya les imagino. Mamá, con sus «cuarenta bien llevados», como dice ella. Con su cabellera perfecta, su pelirrojo «bien conservado», cortado como Gala, justo por debajo de las orejas, tan liso. Con sus ojos verdes, a juego con las esmeraldas minúsculas que lleva en las orejas. Intentando ligarse a algún turista, haciendo comentarios de adolescente con Manuel, como si ya se hubiera olvidado de papá. Y Manuel, con sus treinta y ocho super mal llevados (esto lo digo yo), con sus greñas grises mal cortadas, un poco curvado de lo alto que es. En chándal, siempre en chándal, con las manos en los bolsillos y con su pendiente de modernete. ¡Puaj! ¡Vaya par!

Volverán después del viaje haciéndose los felices: «Nos lo hemos pasado super guay», dirán. Y me dirán: «A ver, Duna, ¿qué has escrito en el diario? ¿Has hecho los deberes?». Y se sentarán en la playa, bajo una sombrilla, a leerlo juntos y a reírse de mí.

No pienso escribir más.

Es que no sé ni por qué me he puesto al teléfono.

Tenía al lado a Lía, que me decía a la oreja izquierda: «Dile, dile a mamá esto de la regla, va». Y tenía a mamá en la oreja derecha, que por teléfono gritaba: «¡Estambul es maravilloso! ¡Es precioso!». Yo, en medio, le he soltado: «Oye, mamá, ¿por qué no nos dices con quién estás viajando? Sabemos que no vas sola, somos tus hijas y tenemos derecho a saber con quién vas». Entonces ella me ha largado un rollo muy largo sobre su intimidad y sobre su derecho a tener secretos y bla bla bla. Y yo le he respondido: «¿Nos piensas decir con quién vas o no? ¿Qué es tanto secreto? ¿Tan grave es que tus hijas sepamos que no vas sola? ¿Qué crees que va a pasar? ¿Crees que nos asustaremos y pensaremos que tienes un novio? No somos tan pavas, ¿eh?».



Mamá ha dicho: «Pues para que lo sepas: voy con Manuel, tu maestro, y sabía que no te gustaría. ¿A que no te gusta?».

Y he colgado el teléfono y Lía me ha regañado, porque todavía no había hablado con mamá. Me ha tocado disculparme mucho con mi hermana, que tenía toda la razón de enfadarse conmigo.

Y no pienso escribir más.

Cosas que hay que comprar para lo de la barca:

-trapos para limpiar la madera (habrá que secarla muy bien antes de pintarla),

-desengrasante (se tiene que desengrasar después de la primera limpieza y otra vez después de pasar el cepillo),

-papel de lija de grano 80-240 (hay que raspar con un ángulo de 45°),

-cepillo para quitar el polvo que quede (se tiene que pasar en el sentido de las vetas de la madera),

-pintura blanca flexible, que permita contracción y dilatación natural de la madera, y antihumedad, que evite los hongos,

-pintura roja para repasar la raya que da la vuelta y el nombre de la abuela,

-pinces.

¡Hay que comprar un montón de cosas! Necesitamos recoger dinero o, si no, pedir las cosas a otros pescadores, pero los pescadores son amigos del abuelo y nosotros queremos que sea una sorpresa.

Ya he dicho que no escribiría más, y por eso uso la libreta esta para apuntar cosas de la pandilla cascabel. La lista la he hecho a lápiz, para después borrar lo que hayamos cumplido.

Resumiendo: hemos estado en casa de Arlet investigando por Internet y más o menos ya tenemos medio claro cómo ir haciendo lo de la barca.

### ***14 de agosto***

Cuando hoy ha pasado lo que ha pasado hoy, sin querer, he pensado que tenía que escribirlo. Y no me da la gana dejar de escribirlo solo porque esté enfadada con mamá y con Manuel. Max se merece que yo escriba esto y que me guarde el recuerdo para siempre. Para siempre.

¡Qué recuerdo tan bonito!

Ha aparecido en pleno desayuno en la puerta de la cocina. Sobre la camiseta negra llevaba una sudadera gris y una capucha encasquetada que le tapaba

los ojos. Cuando Gala ha abierto, él ha preguntado por mí. «¿Quieres una galleta?», le ha dicho ella. Y él ha hecho que no con la cabeza.

Yo me he levantado, y Lía me miraba con una ceja levantada. He salido a la calle y le he preguntado si quería dar una vuelta, pero me ha insinuado que prefería entrar en nuestra casa. «¿Tienes un sitio donde podamos hablar?», me ha preguntado.

Hemos entrado. Gala, boquiabierta, mostraba toda la galleta masticada. Lía hacía ver que leía. He invitado a Max a subir y hemos seguido subiendo hasta la azotea de arriba de todo, con vistas al castillo. Nos hemos sentado sobre las baldosas rojizas, de espaldas a la montaña, apoyados en la barandilla, para que nos diera el sol. Max no sacaba las manos de los bolsillos de la sudadera y no se quitaba la capucha.

Entonces ha empezado a hablar. Se miraba las rodillas. Me ha contado que había preguntado por mí en la plaza y que enseguida había sabido dónde estaba la casa del abuelo. Me ha pedido que le perdonara por haber sido tan imbécil hacía dos días. Le salía una voz

muy pequeña. También me ha contado que esto de la regla le costaba de digerir: «No es tu culpa. Soy yo. Es que me cuesta hacerme mayor», me ha dicho. Yo no entendía nada pero le dejaba hablar, porque se veía que necesitaba hablar. Pero entonces se ha callado y se ha quedado ahí clavado.

He acercado la mano a su cabeza. No se movía. Despacio, con mucha suavidad, le he quitado la capucha. El sol le ha iluminado la cara de golpe y él ha cerrado un poco los ojos durante los primeros segundos. Le brillaban las pestañas, larguísimas. Entonces ha sacado las manos de los bolsillos y se ha girado para mirarme. Oh, sus ojos grises, bañados de sol, qué preciosidad, ilos recuerdo y me pongo poética! Las pupilas encogidas dejaban todo el espacio del iris al gris, que se esclarecía con tanta luz. «¿Me perdonas o qué?», me ha preguntado. Y yo, ¿qué iba a decir?, he hecho que sí con la cabeza.

Todavía llevaba puesta la camiseta larga de dormir y las piernas desnudas se me veían muy blancas. Mi cabellera pelirroja, sin peinar, me caía a lado y lado

de las mejillas. Max seguía observándome. Ha acercado los dedos a mi pelo y ha cogido un mechón, por la punta. Ha dicho: «Tienes el pelo color de fuego». Después, todavía girado hacia mí, ha cerrado los ojos y ha dejado caer la cabeza hacia la barandilla. Sabía que, tras los párpados, me seguía mirando.

Era o ahora o nunca. Pues ahora. Ahora.

He cerrado los ojos yo también. Me he acercado despacio. He puesto una mano sobre sus tejanos, sobre su rodilla. He cogido aire lentamente por la nariz. He seguido avanzando y, antes de lo que me esperaba, mis labios han topado con los suyos, sus labios rojizos, calentitos, solo tres segundos. He abierto los ojos antes de separarme y allí estaban: sus ojos grises inmensos separados por su nariz perfecta, super super super cerca de mis ojos. «Tienes un ojo de cada color», me ha dicho. «¿Ahora te das cuenta?», le he respondido riendo. «No, ya me había fijado, pero no he sabido decirlo hasta ahora».

He alargado las dos manos para abrazarle, pero no levantaba los brazos y no podía pasarle las manos por

debajo de las axilas. Lo he probado despacio. «No me toques aquí», me ha dicho, «no me gusta». Y yo le he abrazado por fuera, por encima de sus hombros, para que él pasara sus brazos por debajo. Y, una vez abrazados, me ha dicho: «No te enfades, ¿vale?, ya te lo contaré». Y yo le he susurrado a la oreja: «Cállate, idiota, que a mí no me tienes que contar nada. Si no te gusta, no te gusta». Y ha insistido: «Pero te lo quiero contar. Otro día te lo cuento». Y he respondido: «Entonces te escucharé atentamente».

Se ha separado un poco de mi cuerpo y se ha metido una mano en el bolsillo. Al sacarla, tenía una piedra rectangular con las puntas redondeadas, grande y bastante plana, del tamaño de su palma. Pintados a pincel en horizontal estaban el mar, la arena, unas rocas, un poco de plantas, dos palmeras y, sobre el cielo, las cuatro letras de mi nombre. «Es para ti. Es lo que se ve desde el coche oxidado».

Ay.

¿Es o no es un recuerdo digno de escribir? Uau, yo creo que sí.



Así que más secretos. El abuelo, mamá, y ahora Max. ¿Por qué a Max le cuesta hacerse mayor? ¿Por qué no quiere que le abracen por debajo de las axilas? En fin. Este será el verano de los descubrimientos.

### **15 de agosto**

A las ocho de la tarde ya estábamos los nueve reunidos en nuestro cuarto. El abuelo había ido al súper a comprar la cena.

Los dos grupos hemos pasado la tarde divididos: las de quince con Gala y Fer, y yo con las primas y Emilio. Hemos paseado por el pueblo, hemos llamado a las puertas de las casas y hemos explicado el plan de la reparación de la barca del abuelo a niños, hombres y mujeres jóvenes, y abuelas. Me ha parecido que lo mejor era dejar hablar a las primas, que se enrollan que no veas. Hemos evitado a los viejos pescadores. Ningún pescador puede saber qué estamos haciendo porque todos ellos son amigos del abuelo y no sabrán guardar el secreto.

Todo el mundo nos ha ido ayudando con algunas monedas, algún trapo, algún pincel, un poco de papel de lija, un par de cepillos viejos. Las yayas decían emocionadas: «Por la memoria de vuestra abuela Teresa».

Ya en nuestra habitación, sentados tres en cada cama, hemos hecho recuento de las monedas. Los dos equipos lo hemos hecho muy bien. Entre lo que hemos recogido y lo que teníamos en huchas y cajones, hemos conseguido suficiente dinero, creemos, para lo que necesitamos. Al final solo habrá que comprar la pintura. Suponemos que como desengrasante sirve cualquier producto antigrasa de limpiar la cocina, así que las primas lo cogerán a los tíos, porque en la cocina del abuelo no encontraremos. El abuelo, de eso, ni tiene ni sabe lo que es.

Yo no soy muy de hacer el numerito, pero Emilio se ha levantado y nos ha hecho levantar a todos y poner las manos juntas en una piña y gritar: «¡Objetivo cumplido!». Y dar saltitos.

Y la verdad es que sí, que hoy parecíamos un equipo, una pandilla de verdad.

He echado de menos a Max, pero algo me dice que no tiene ningún interés en formar parte de una pandilla.

Nos hemos sentado de nuevo y Lía me ha dicho: «Saca la lista que hiciste y borra lo que ya tenemos, Duna». He abierto el cajoncito de mi mesilla, donde guardo el papel, los lápices y la goma para mis dibujos. Lo he removido todo pero no he encontrado la goma. Lía ha ido a buscar la suya, que guarda en un estuche metálico. Tampoco estaba. «Danos la tuya, Gala», ha dicho Lía en plan mandona. Y Gala ha dicho: «Mi goma desapareció hace días. Y ya le pregunté al abuelo si tenía una y me dijo que no. Me dijo: En esta casa, gomas de borrar, no hay».

Da igual. Lo de la lista da igual, porque puedo hacer una raya encima, o un tic, y no borrar nada. Pero en cambio lo de las gomas es un misterio. ¿No?

## **16 de agosto**

Esta tarde en la cocina el abuelo ha dicho: «Me voy al ateneo a jugar al ajedrez», y nosotras tres nos hemos mirado con cara de besugo. ¿Al ajedrez? No sabíamos que el abuelo jugara a eso. A cartas, al dominó y a la petanca, sí, siempre por equipos, ¿pero al ajedrez?

«¿Qué pasa?», nos ha preguntado, «¿Por qué me miráis así? ¿Es que un pescador no puede jugar a un juego de estrategia?»

Por supuesto que un pescador puede jugar a un juego de estrategia. Y también puede leer premios Nobel y estudiar lenguas extrañas. Un pescador puede ir a la tienda de lanas de la señora Vicenta y apuntarse a un curso para aprender a hacer punto. Y también puede apuntarse a la universidad a distancia. Pero lo del ajedrez, uno contra uno, jugándose el honor, no le pega nada al abuelo. Nada.

En cuanto el abuelo se ha ido al ateneo, Gala ha cogido una galleta del bote y ha dicho a Negro: «Negro, corre, acompáñame a buscar a las primas, que tienen

que venir inmediatamente». Lía y yo nos hemos mirado: ella levantaba una ceja y yo hacía que sí con la cabeza. Con este gesto hemos decidido que dejábamos a Gala ir sola hasta la casa de los tíos, que ya se sabe el camino, y que son calles de peatones sin coches.

Mientras las esperábamos, le he pedido a Lía que me enseñara a levantar solo una ceja. Hace días que lo pruebo por la mañana ante el espejo del lavabo, pero cuando levanto una se levanta la otra. Al comienzo Lía me ha sujetado una ceja con los dedos y me ha dicho: «Levanta la otra». Yo lo intentaba y ella se reía. Después me ha aconsejado mejor: «Tengo una idea. Baja las dos. Y después levanta solo una. Pero primero bájalas. ¡Bájalas! ¡Pero no hagas esa cara tan rara!». Cuando han llegado Gala Galleta y las primas, Lía y yo todavía nos reíamos, y yo todavía no sabía levantar una sola ceja. Seguiremos probando.

Paula llevaba las gafas torcidas y tenía cara de acabar de levantarse de una siesta profunda. Eva lucía dos coletitas perfectas y se frotaba las manos: «¿Qué tenemos que hacer?».

Les hemos dicho que, aunque no tengamos la llave, queríamos que nos acompañaran al desván para mirar por el agujero de la cerradura. Han puesto los ojos como platos, como si en el mundo no hubiera nada más jugoso y excitante que mirar por el agujero de la cerradura del desván del abuelo. Han subido corriendo, sin ni pizca de miedo, sin esperarnos, hasta la puerta agrietada y centenaria. Nosotras tres las seguíamos. Las cinco hemos llegado resoplando. Negro había saltado los peldaños de dos en dos y ya se había tumbado a esperarnos tan tranquilo ante la puerta.

La primera en acercarse al ojo al agujero ha sido Eva. Se ha separado muy rápido, sacudiendo una mano arriba y abajo. Me parece que hacía un poco de teatro. Paula la ha apartado con el brazo y se ha amorrado: «¡Ooostraaas!, qué super blancura alucinante, ¿nooo?».

Nos hemos sentado las cinco en los escalones viejos del último tramo, con los codos en las rodillas. «¿Qué os parece?», he preguntado. «Ni idea», ha dicho Eva, «pero los desvanes suelen ser oscuros, ¿no?».

al menos en las pelis, y de aquí sale una luminaria que deslumbra, ¿eh?». Entonces un hilo de brisa se ha colado por debajo de la puerta, silbando, y de repente Negro se ha levantado y ha empezado a barrer delante de la puerta con las patitas. Nos hemos acercado todas sin hablar. ¿Qué era aquello? ¿Qué hacía Negro? ¿Qué barría?

Gala ha cogido al gato en brazos y Paula le ha mirado las yemas de las patas. Yo me he agachado y he escudriñado el suelo. «¿Qué es esto?», preguntaban Lía y Eva. Minúsculos hilos blancos, blandos, atravesaban el umbral bajo la puerta y rodaban por el suelo empujados por la brisa. Negro tenía unos cuantos pegados a las patas. «¿Qué es esto?».

Paula ha levantado los dos brazos bien arriba: «¡Ya lo sé, chicas! Esto, primitas, hermanita...», ha sentenciado, «es borra, los gusanitos blancos y sucios que salen de la goma de borrar, cuando te equivocas mucho y borras mucho rato». Y Gala ha dicho lo que todas estábamos pensando: «¿Pero no dijo el abuelo que en esta casa, gomas de borrar, no hay?». Sin decir-

nos nada más, todas nos hemos levantado como si tuviéramos un muelle en el culo y nos hemos puesto a buscar la llave del desván por toda la casa.

Bajo las macetas de la azotea, entre los cojines del sofá, en la bandeja de los mandos a distancia, en el cajón de las cerillas y las piñas secas, dentro de las fundas de las gafas de leer y de sol, dentro de las cajas de las cosas de pesca... pero nada. Nada de nada. Ni rastro de la llave.

Sabía que a Lía le parecería «inmoral», por aquello de la «intimidad», pero cuando no me veía nadie me he colado dentro del dormitorio del abuelo. ¿Qué importaba su «intimidad», mientras arreglábamos a escondidas su querida barca e intentábamos entrar en su desván sin pedir permiso? He cerrado la puerta detrás de mí y he empezado a remover, buscando la llave.

Bajo la cama, bajo la almohada, entre el colchón y las sábanas, dentro de las zapatillas, debajo de las zapatillas, debajo de la lamparita, entre el tapete y la mesita, bajo el libro, bajo la alfombra, entre el montón de ropa sucia, bajo la butaca, bajo el cojín de la butaca,

dentro del armario, dentro de los bolsillos de las chaquetas, dentro de los bolsillos de los pantalones, dentro del cajón de los calcetines, entre los calzoncillos... Y de repente: «¿Qué estás haciendo, Duna?», he oído a mi espalda. No había oído la puerta al abrirse. Era la voz del abuelo: «¿Necesitas dinero? ¿Buscas dinero?».

Tierra trágame.

Detrás del abuelo, mis hermanas y primas me miraban con cara de palo, entre asustadas y admiradas de mi poca vergüenza. He cerrado el cajón de los calzoncillos despacio y me he girado a mirarles de frente. No se me ocurría ninguna mentira. ¿Tenía que contarle que queríamos entrar en el desván? Si le decía que buscaba dinero, me lo daría, y esto me sabría muy mal, porque no lo necesitaba. Entonces se me ha ocurrido decir una tontería, y la he dicho, a ver si reaccionaba. He mentido: «Estoy buscando una goma de borrar. Las nuestras han desaparecido y por la puerta del desván solo salen los restos».

El abuelo no ha contestado nada. Estaba claro que no pensaba dar explicaciones sobre el misterio

de las gomas. Se ha sentado en la cama, encorvado, con la coleta despeinada, y se ha quitado el chaleco color gris perla de ateneísta. Negro ha saltado sobre la cama y se ha acurrucado en el regazo del abuelo, que le ha acariciado la cabecita.

«¿Por qué has vuelto tan pronto, abuelo?», ha preguntado Gala, que ya se le sentaba al lado, con los piececitos colgando. «He perdido», ha respondido el abuelo, «he perdido muy rápido». Gala le ha cogido la mano y le ha dicho que le sabía mal. Él ha continuado: «Es que no quiero ganar. La abuela Teresa me ganaba siempre al ajedrez, y yo no quiero ganar a nadie más, ni hacerme el importante, si la más lista era ella». El abuelo estaba llorando. No teníamos ni idea de que la abuela fuera una ajedrecista experta, pero el abuelo ha contado que jugaban cada martes al atardecer, hasta la madrugada. Y que ella era la mejor, «la mejor», repetía.

Después me ha mirado y me ha apuntado con un dedo: «Olvidaos de entrar en el desván, ¿entendido?».

Y todas hemos mentido haciendo que sí con la cabeza.

## **17 de agosto**

Ha sido en la plaza, a media mañana. Lía, Arlet, Xenia y yo íbamos hacia la tienda de pinturas con el dinero que conseguimos juntar entre todos hace un par de días. En un papelito yo había copiado: «pintura blanca flexible (que permita contracción y dilatación natural de la madera), y antihumedad (que evite los hongos)» y «pintura roja (para repasar la raya que da la vuelta y el nombre de la abuela)». Ya sabíamos que era probable que no tuvieran, pero hemos pensado hacer el pedido y esperar unos días. Además, antes de pintar la barca aún hay que limpiar la madera, desengrasarla, rascarla con el papel de lija y cepillarla para sacar el polvo. ¡Casi nada! ¡Ya estamos a día 17 y se nos está echando el tiempo encima!

Pero esto no es lo que quería contar.

Lo que quería contar es lo que he oído en la plaza cuando pasábamos. Y he disimulado. No me he parado. Ni siquiera he mirado. Apenas he saludado a Emilio,

que era el único que conocía del grupito, formado por chicos y chicas del pueblo. Pero he oído frases sueltas y ahora estoy un poco... un poco rara, creo.

Las frases que he oído son, más o menos:

«Ahora lleva siempre ropa negra y gris, ¿os habéis fijado? Ropa que lo tapa todo.»

«Hace tres días, por la mañana, preguntaba por Duna.»

«Es cierto, es difícil verle. Ya no se acerca nunca al pueblo.»

«Pues yo he oído decir que se ha cambiado el nombre.»

«En el instituto de Vellescut, está claro. Supongo que trasladarán la autocaravana, sí.»

«No le queda mal el pelo corto. No sé.»

«Tiene pocas y no se notan. De momento lo disimula bien.»

«No, yo paso. Es mejor pasar. Que venga si quiere. No le agobiamos.»

«Y además, ¿quién sabe si quiere amigas o amigos?»

«Que no. Que se vaya al instituto.»

«Pues a mí no me da risa.»

«No, pena tampoco, no sé. Es raro.»

No he tenido tiempo de oír nada más. Por supuesto, hablaban de Max, de mi Max, del niño con quien me di mi primer beso en la azotea del abuelo, Max el misterioso.

Mi Max el interesante, cada vez más.

### ***18 de agosto***

Mientras esperamos a que llegue la pintura que encargamos en la tienda, hemos ido a la caseta para avanzar un poco con la puesta a punto de la barca. Trapos, desengrasante, papel de lija y cepillos. Hemos hecho turnos. En dos grupos, uno de cinco y uno de cuatro. Un grupo dentro, sudando la gota gorda con el montón de trabajo de limpiar y desengrasar. Un grupo fuera, tomando el sol y entrando y saliendo del agua, concursando a ver quién chapoteaba más, gritando como locos. Y después cambio.

Íbamos todos en bañador. Normalmente odio a las niñas que no tienen pechos y se los tapan con dos triangulitos de ropa ridícula de colorines. Pero ahora para mí es un mal momento. Lía, Arlet y Xenia tienen cada una un par de buenas excusas bien redondas para ponerse un biquini última moda. Gala, Paula y Eva llevan unas braguitas simpáticas y enseñan sin vergüenza los pezones planos. Y yo sé que estoy más plana que otras compañeras del cole, pero a la vez, con doce años, creo que ya me toca hacer un cambio de hábitos, ¿o no? Es que si no me tapo me parece que me miran. Pero si me tapo me siento idiota porque no tengo mucho para tapar. Total, que Lía me ha prestado un biquini suyo del año pasado, y me sobra tela por los lados. Al menos no he tenido que oír ninguna bromita de Emilio ni de Xenia. Pero en todo caso yo me sentía ridícula igual.

El caso es que yo estaba dentro del agua intentando ahogar a Gala cuando les he visto. He visto aquellos hombretones que se acercaban a la caseta y no he tenido tiempo de avisar a los de dentro.



Eran cuatro. Cuatro pescadores de la edad del abuelo. «Nos han pillado», me ha cuchicheado Gala al oído. Hemos salido del agua corriendo para intentar detenerles, pero era demasiado tarde. Los cuatro se habían plantado delante de la portalada roja de la caseta, abierta de par en par. Los de dentro han parado en seco, con cara de culpables. Lía les ha dicho: «Por favor, por favor, por favor, no digan nada al abuelo, que se enfadará mucho. Es una sorpresa. Solo lo puede ver cuando esté acabado». Los cuatro hombres se han echado a reír a pleno pulmón, y hacían bromas con sus voces profundas. Se rascaban las barbas y se daban codazos entre ellos.

El que tenía la barriga más gorda ha dado un paso adelante y ha entrado en la caseta. Delante de él, cinco de la pandilla sostenían los trapos, inmóviles, idiotizados. Detrás de él, los otros cuatro goteábamos agua salada.

«¡Venimos a ayudaros!», ha gritado, con voz de Papá Noel. Y los cuatro han vuelto a reír. «¿Entonces no dirán nada al abuelo Ignacio?», ha preguntado Lía. Y ellos han dicho que no, que una sorpresa es una sorpresa.

Nos han asegurado que en este pueblo nadie puede tener secretos, porque las voces corren como la pólvora encendida. Pero que «un secreto y una sorpresa ipues no son lo mismo! Una sorpresa es una sorpresa y esto es sagrado. Ignacio no sabrá nada. No se lo dirá nadie. Lo prometo por mí, por estos tres, y por todo el pueblo de Dunas». Y se han puesto la mano en el pecho, todos muy solemnes.

Hemos estrechado las manos y han entrado a ayudarnos. Una suerte, porque esto de pasar el trapito y volverlo a pasar y veenga a pasar el trapito... iera mucho más duro de lo que pensábamos!

Cuando hemos llegado a casa a comer nos dolían todos y cada uno de los músculos de los brazos. ¡Esto de dar sorpresas es un esfuerzo que no veas! El abuelo, sin embargo, no nos ha dejado ni ducharnos, a pesar del sudor y la sal que llevábamos encima. Ha dicho que se nos hacía tarde para comer: «Todo el mundo a la mesa ahora mismo, ¡que se enfría el arroz!».

Pero Gala ha dicho que tenía pipí y ha desaparecido

subiendo las escaleras. Al cabo de treinta segundos ha soltado un grito: «¡Líaaa! ¡Dunaaa! ¿Podéis veniiiiir? ¡Se me ha enganchado la braguita del biquiniiii! ¡Ayudadmeeee!». Por supuesto, sabíamos que era mentira, pero el abuelo parecía entretenido con la salsa, y las dos hemos corrido hacia las escaleras.

Gala nos esperaba arriba, sacando la naricita por la puerta del lavabo. Con la mano, nos hacía señas para que entráramos y también para que no habláramos. Hemos entrado y hemos cerrado la puerta.

En el suelo, en un rincón, hecho un manojo, estaba el pijama del abuelo. Gala ha cogido la camisa y nos ha señalado el bolsillo: «Meted la mano aquí dentro», ha dicho flojito. Lía ha metido la mano sin respirar y la ha sacado... ¡muy llena! Ostras. ¡Había cuatro gomas de borrar sin estrenar, y también la goma de Gala, la de Lía, y la mía! La mía, por cierto, mucho más gastada de lo que recordaba.

Lía ha levantado una ceja. Después me ha puesto un dedo sobre mi ceja izquierda para que yo levantara solo la derecha. Así voy practicando.

## **19 de agosto**

Esta tarde, mientras me acercaba al coche oxidado, me venían a la cabeza las frases que oí en la plaza: «...ropa que lo tapa todo», «...no se notan, y de momento lo disimula bien», «...se ha cambiado el nombre».

Pensaba contarle a Max lo que había oído, preguntarle qué querían decir los del pueblo con todo aquello. Y eso, no sé por qué, me recordaba a cuando Max se estrangulaba las rodillas al oírme decir «Tengo la regla», a cuando Max gritaba «menstruación monstruosa». ¿Monstruosa? ¿Había para tanto?

Cuando he llegado al coche, ya había decidido no decirle nada.

Él estaba sentado en el asiento del copiloto y yo me he sentado en el del conductor. «Te queda muy bien la trenza», me ha dicho. «¡Qué va!», he respondido, «me la ha hecho Gala y es un churro, pero me hace ilusión que me peine, me relaja». Me ha acariciado una mejilla: «Se te ve más la cara», y ha sonreído.

Los dos llevábamos camisetas negras de tirantes.

Prometo que no lo he podido evitar. No he podido evitar mirarle los pechos. Él miraba el mar y creo que no se ha dado cuenta. Creo que no tiene más pechos que yo, la verdad. La camiseta era holgada y él seguía encorvado como siempre. De su cuello colgaba la ocarina de barro.

«¿Por qué te llamas Max? ¿Quién eligió ese nombre?», le he preguntado. Max se ha girado a mirarme sonriente: «¿Y tú por qué te llamas Duna?». Yo sí tenía respuesta: «Porque mi madre rompió aguas detrás de una de estas dunas de aquí abajo. Max es un nombre muy bonito. Solo tenía curiosidad, porque suena a prota de peli. Me gusta mucho».

Max no me ha contestado.

Después le he dicho: «Me gustó mucho la piedra, muchas gracias, es preciosa, la guardaré siempre», y le he cogido la mano. Él ha estrechado la mía con una fuerza suave. Y nos hemos quedado así en silencio. Después él ha tocado un rato la ocarina, hasta que el sol ha tocado el horizonte y ha dicho que tenía que irse.

## **20 de agosto**

Me ha despertado temprano el ¡iiiiiiiiiiiiiiiiing!!!, pero es que no me ha dado la gana correr para hablar con mamá por teléfono. He oído al abuelo avisarnos desde abajo para que nos pusiéramos. Y he oído a Lía Literata decirle a Gala: «No despiertes a Duna, que siempre que habla con mamá se enfada». Me ha parecido un plan perfecto para hacerme la dormida.

Al cabo de unos diez minutos mis dos hermanas han vuelto al cuarto susurrando. Yo no he abierto los ojos y he puesto la oreja. Comentaban muy bajito que les parecía muy raro que Manuel acompañara a mamá a Dunas al final del viaje. «¿Por qué Manuel no se va a su casa en Vellescut?», preguntaba Gala. «¿O por qué no se va a ver a su familia? Cuando vuelva mamá la quiero toda para nosotras, ino la quiero compartir con nadie! ¿Cómo que se han hecho tan amiguitos? ¿Y de qué va eso de que nos tienen que contar algo juntos?».

Lía le ha pedido a Gala que se sentara con ella en la cama. Yo no he abierto los ojos pero he oído un

maullido pequeño y el chirrido de un muelle de colchón. Lía, todavía más flojo, ha dicho: «Eeh... Gala... Tú... ¿Tú entiendes que quizás mamá... necesite... un poco de...? Quiero decir... volver a enamorarse, ya sabes...». Gala se ha hecho la ofendida: «¡Pero Lía! ¿Te crees que soy idiota porque tengo ocho años? Ya sé que no estará de luto toda la vida, ¿eh?». Lía Literata le ha pedido disculpas y ha tosido un poquito, supongo que mientras buscaba otras palabras: «Y entonces, ¿no crees que a lo mejor mamá y Manuel...?». Gala, de repente, se ha echado a reír a pleno pulmón, muy fuerte, muy fuerte: «¡Ostras! ¡¿Crees que son novios, estos dos?!». Lía intentaba que la pequeña bajara la voz haciendo chsss chsss, pero Gala seguía gritando: «¡¿Mamá y el maestro de Duna?!», y se partía de la risa, probablemente señalándome.

Entonces Lía también se ha echado a reír, y yo ya no he podido hacerme más la dormida y he saltado de la cama hecha una fiera. De pie, he empezado a gritar: «¡¿Pero por qué os reís?! ¡¿No veis que esta situación es grave?! ¡Estamos hablando de un maestro

de escuela mandón que ahora querrá hacernos de padre! ¡iiiLo que faltaba!!! ¡Y encima mamá es una mentirosa que no confía en nosotras y no nos cuenta nada! ¿Pero no os sentís traicionadas?! ¡iii¿Eh?!!!». Negro me observaba con los ojos muy abiertos. Y Gala y Lía seguían riéndose como unas hienas despeinadas y con legañas, como si cotillear sobre mamá e imaginársela en brazos de Manuel tuviera la menor gracia. ¡Para mí no la tiene! Juro que quería estrangularlas. Pero me he controlado.

He vuelto a la cama, me he enrollado como un gusano y me he tapado con la sábana hasta por encima de la cabeza. Poco a poco, las risas de mis hermanas se han ido calmando. Después he oído que se levantaban y que lentamente se acercaban hacia mí. Lía me ha tocado el hombro con un dedo. Yo no me he destapado ni la he mirado ni nada. Me ha dicho: «Duna, eh, no te enfades. Si mamá quiere traer a Manuel a Dunas debe de ser para contárnoslo juntos y a la cara, tranquilamente. Tienes una semana y un día para pensar-lo antes de que lleguen. Ve poniéndote en situación».

Después, Gala, como si fuera un día precioso, con su vocecita de cascabel, me ha contado: «Duna, eh, y otra cosa. Que el abuelo iba en calzoncillos y... ¿sabes qué llevaba colgado del cuello?». Yo he hecho una especie de gruñido y ella ha respondido: «Un cordel con una llave muy vieja. No sé dónde la guardaba antes, pero cada día nos pone más difícil lo de entrar en el desván, ¿no?».

### ***21 de agosto***

Mientras escribo en el sofá, Lía está leyendo. Tenemos a Gala Galleta sentada al lado, con gafas de sol, mordisqueando galletas. Sé que le duele el ojo, pero también sé que le gusta hacerse la niña pequeña, que le hagamos caso, que le preguntemos qué quiere, que no dejemos que se levante, que le compremos galletas nuevas con chocolate y que la ayudemos a mojarlas porque con un solo ojo no calcula las distancias y no acierta dentro del vaso. Hace un mes todo esto me habría sacado de quicio. Habría dejado que Lía Literata se ocupara y se

documentara sobre ojos accidentados. Y yo me habría puesto a dibujar palmeras. Pero mira, ya no lo veo igual. Debe de ser que estoy cambiando.

Lo cuento. Tiene que ver con la barca.

Tendríamos que haber apartado a Gala y a Fer del trabajo en algunos momentos. Pero es que son super pesados. El primer día, el día en que aparecieron los cuatro pescadores barbudos, ya dejamos la barca y los remos limpios y desengrasados. Hoy tocaba rascarlos con el papel de lija y después cepillarlos para quitar el polvo que saliera. Parecía fácil y nada peligroso. Hemos avisado a los pescadores, que se han sumado enseguida, con bocadillos y cantimploras.

Hacíamos turnos, entre los nueve y los cuatro abuelos, y nadábamos y rascábamos la barca, y saltábamos dentro del agua y cepillábamos el polvo. Fer solo brincaba y fingía que rascaba, pero Gala se lo ha tomado muy en serio. Rasca que rasca que rasca que rasca con todas sus fuerzas. Nos gritaba: «¡Que no llegamos, que no llegamos! ¡Que estamos a veintiuno y todavía queda pintar!». Lía la miraba con una sonrisa azucarada.

De repente, cuando casi habíamos acabado, Gala ha hecho: «¡Ay! ¡Ay!», y se ha tapado el ojo derecho con la mano. Todos nos hemos parado. Xenia, Emilio, Lía, dos pescadores y yo hemos corrido hacia ella. Las primas, Fer, Arlet y dos pescadores más han entrado en bañador desde la playa: «¿Qué ha pasado?».

Un poco del polvo que salía de la barca al rascar había ido a parar al ojo de Gala. Lía le decía: «¡Abre el ojo! ¡Abre el ojo!», y la pequeña respondía: «¡No puedo! ¡No puedo!». Todos estábamos callados, y ellas se han pasado así un rato. Después el pescador de la barba más blanca ha cogido a Gala en brazos, como una princesa, y ha dicho: «Tenemos que llevarla a casa». Y Lía: «Pero no le digáis al abuelo que estábamos rascando la barca, ¿vale?».

Así que, por hoy, hemos cerrado la caseta y nos hemos ido todos en procesión. Los dos príncipes delante y los otros once detrás, todos medio corriendo. El pueblo nos miraba.

Hemos llegado a casa y el abuelo ha abierto la puerta. El pescador ya tenía pensada una excusa:

«Ignacio, mira, tu nieta pasaba cerca de las obras de donde Romeu y le ha entrado no-sé-qué en el ojo». Entonces ha dejado a Gala delante de la puerta, des-  
pacio, con mucha elegancia. Ella todavía se tapaba el ojo con la mano y ya no se quejaba. El abuelo la ha mirado y las mejillas se le han empequeñecido en dos bolitas de color rosa. Después ha mirado a los demás y el negro de sus ojos se ha oscurecido y ha empezado a hablar. No recuerdo qué ha dicho. Creo que quería ser un tipo de agradecimiento en forma de bufido de gato. Toda la pandilla y los cuatro pescadores han desaparecido como por arte de magia. Nos hemos quedado, de pie ante la puerta, las tres hermanas, mirando al abuelo, que lloraba.

Hemos entrado. El abuelo ha hecho que Gala se sentara en una silla de la cocina. Iba diciendo entre dientes frases como por ejemplo «Teresa, te necesito», «soy un desastre de abuelo» y «pobre criatura». Entonces ha cerrado los ojos un momento y ha respirado profundamente: «Esto, niñas, tres respiraciones profundas, es lo que se hace en medio del mar, cuando

hace un día espléndido, o cuando viene la peor tormenta. El caso es estar ahí».

Ha cogido otra silla y la ha colocado enfrente de Gala, que se hacía la valiente y no lloraba. El abuelo se ha lavado las manos con jabón de lavar los platos, se ha sentado, y se ha remangado. Con una dulzura que no le conocíamos, el abuelo ha apartado la mano de Gala, le ha bajado el párpado de abajo, y le ha subido el de encima: «Mira arriba, mira abajo, ahora a la izquierda, y ahora a la derecha». Gala obedecía en todo, y yo alucinaba. Lía levantaba una ceja.

«Preparad una manzanilla», ha pedido el abuelo. Hemos hecho la infusión. Hemos esperado a que se enfriara. Gala no hablaba. El abuelo cambiaba la manzanilla de vaso una y otra vez. «Bajad un algodón del lavabo», nos ha mandado. He ido yo. Con el algodón, ha mojado el ojo de Gala con manzanilla, cada vez más rojo e hinchado.

Ya llevábamos una hora probando remedios y Gala, con poca voz, nos ha insistido: «Todavía tengo algo, ¿eh? Todavía tengo algo». Y el abuelo ha telefoneado a

la doctora, que ya había acabado el turno, pero que ha venido enseguida, con la bolsa de la playa y una sombrilla colgada al hombro.

La doctora se ha pasado media hora removiendo el ojo de Gala, mientras el abuelo andaba en círculos alrededor de las dos, haciendo que no con la cabeza. Negro le seguía. Al final la doctora nos ha asegurado que el ojo ya estaba limpio, pero que la córnea había quedado un poco tocada. Ha enviado a Lía a la farmacia, y ha vuelto en tiempo récord con un paquete de parches y una crema. Mientras la doctora le ponía la crema dentro del ojo, el abuelo, arrodillado, cogía las manos de Gala y hablaba entre dientes con voz suave. Después la doctora le ha pegado un parche sobre el ojo, nos ha dado instrucciones para los próximos días y se ha ido.

«Pareces una pirata», le he dicho yo, con una sonrisa, para animarla. Ella me ha respondido, mientras me miraba seria con un solo ojo: «Tú calla. Abuelo, ¿me prestas tus gafas de sol? Prefiero parecer la actriz aquella del gato y los diamantes, la verdad». Y el abuelo

ha corrido sin dudar hacia el cajón de la entrada y le ha llevado a Gala sus gafas de sol, super pasadas de moda, de pasta negra, sucias. Le ha dicho: «¡Ahora sí que pareces Audrey Hepburn!».

Y ahora Gala está aquí al lado comiendo galletas, mientras Lía lee y yo todavía intento averiguar si el abuelo Ignacio dulce y suave que he visto llorar este mediodía es el mismo abuelo Ignacio antipático que he conocido siempre: el hombretón de mar que ha olvidado su barca, que nos roba las gomas de borrar, que solo abre el desván por las noches, que se ha colgado la llave al cuello para no dejarnos entrar, que se queja a mamá cuando le deja solo con nosotras, que ni se afeita ni se corta el pelo, que se hace el moderno, que no se plancha la ropa y que bufá como un gato a las visitas.

## ***22 de agosto***

¡Cómo pasa el tiempo! Queda menos de un tercio de las vacaciones y no hemos entrado en el desván, no

hemos empezado a pintar la barca, no sabemos si mamá tiene un rollo con Manuel, y no acabo de averiguar los secretos de Max.

El padre de Max me pidió (copio lo que escribí aquel día): «¿Tú podrías ayudar a Max a sentirse bien en el instituto?».

Y yo le prometí: «¡Claro! Y él también hará que yo me sienta mucho mejor».

Y esta tarde he pensado: si no lo conozco bien, ¿cómo puedo ayudarle? He estado meditando un rato en la azotea, mientras le hacía un retrato a Negro, que no se estaba quieto. Y me he dado cuenta de que yo tampoco le he contado a Max cosas de mí. Él tampoco puede conocerme bien. Yo tampoco le hablo con claridad. Si le hablara con claridad, le habría dicho lo que oí en la plaza, le habría preguntado lo que quería preguntarle.

He vuelto a la habitación y me he cambiado. Me he vestido de blanco con ropa de Lía y le he pedido a Gala que me hiciera una trenza. Todavía le ha salido más churro que la última vez, porque ahora solo le

funciona un ojo, pero yo sé que a Max le gusto más con trenza. Me he puesto unas sandalias que me compró mamá, blancas con una flor amarilla entre el dedo gordo y el siguiente. La primera vez que las vi hice una mueca. Aún no las había estrenado. No he cogido los auriculares.

Cuando he llegado a la orilla del mar me he quitado las sandalias. He avanzado por la playa hacia el sur, mojándome los pies. A la altura del coche oxidado, me he girado para trepar dunas arriba. En cuanto he visto a Max en el asiento tocando la ocarina, le he hecho señas con los brazos para que bajara. Él ha respondido haciéndome señas para que subiera yo. Hemos insistido los dos durante un rato, hasta que me he cansado y me he sentado en la duna a mirar el mar. A mi lado, dos lagartijas azules jugaban a dar saltos de longitud. Al cabo de dos minutos la mano de Max me tiraba suave de la trenza. «Vas de blanco», me ha dicho mientras se sentaba a mi lado. Él llevaba una camiseta gris.

He pensado que era mejor empezar hablando de mí, para romper el hielo. Se lo he contado todo:



que el abuelo por las noches se encierra en el desván a hacer a escondidas no-sabemos-qué, que estamos arreglando su barca, que mis hermanas me sacan de quicio pero cada vez menos, que mi madre quizás tiene un novio... Y entonces me he dado cuenta de que no estaba hablando de mí. Estaba hablando de todo el mundo excepto de mí.

Max se ha dado cuenta. Me ha preguntado: «¿Y tú? Háblame de ti. Quiero saber cosas de ti. Antes de que vayamos al instituto y nos veamos rodeados de demasiada gente, ¿no?».

Me he quedado callada un buen rato. Con los ojos clavados en el mar. ¿Hablar de mí? No sabía qué decir. Y el silencio se iba haciendo largo. Las dos lagartijas me miraban. He pensado que algún día tendré que dibujar una.

«Me gusta mucho dibujar», he dicho. «Qué guay», ha dicho Max. «Y estoy escribiendo un diario de verano, obligada por el maestro, pero no sé si me gusta», he añadido. «Y me gustan las dunas, las lagartijas, la playa, la azotea, el pueblo, más que la ciudad,

y me gusta el negro pero he venido de blanco porque vengo a hablar claro. Y me gusta el abuelo, sí, cada vez me gusta más. Y no me gusta nada ser la hermana del medio, porque no soy ni la mayor sabionda ni la pequeña graciosa. Y no me gusta que mamá vaya a su aire, pero creo que lo entiendo». Y he vuelto a quedarme callada. Max me ha mirado: «¿Ya está?». Sonreía. Como siempre, encorbaba un poco la espalda. El sol de la tarde le enrojecía todavía más los labios. «¿Qué más te gusta?», me ha preguntado.

He hecho tres respiraciones, como dice el abuelo.

«Me gustas tú. Ya lo sabes, ¿no? Tú. Mucho», le he dicho sin mirarle.

«Tú a mí también», me ha respondido él. «Y ahora debes de querer que hable de mí, ¿no?». Y yo he hecho que sí con la cabeza. Y otra vez un largo silencio. Al cabo de un rato ha dicho: «Me cuesta mucho hablar de mí. Pregúntame cosas».

Lo he dicho a continuación, casi sin respirar. Porque tenía miedo de que si me paraba Max me gritara y se fuera por siempre jamás.

«Me gustaría saber por qué saliste corriendo el primer día que nos encontramos. Y por qué vivís en una autocaravana. Y por qué hace falta que te ayude a sentirte bien en el instituto. Y por qué no quieres ni que te mencionen lo de bañarte en el mar. Y por qué la menstruación te parece monstruosa. Y por qué te molesta tanto no tener todavía pelos de hombre en las piernas. Y por qué dices que te cuesta hacerte mayor. Y por qué no quieres que te abracen por debajo de las axilas y siempre vas encorbado. Y por qué los del pueblo dicen que llevas ropa que lo tapa todo, que no te acercas nunca al pueblo, que te has cambiado el nombre y que te has cortado el pelo. Y por qué dices que te cuesta mucho hablar de ti. Todo esto. Quiero saber todo esto.»

Max no ha respondido. No me ha mirado. He podido percibir que respiraba un poco más rápido. O quizás es que no respiraba. No se movía nada. Después ha cogido aire:

«Te has hecho todas estas preguntas sobre mí... ¿Y no te imaginas todavía mi secreto?», me ha preguntado.

«Claro que me imagino tu secreto», le he respondido.

Es cierto. Hace días que me imagino el secreto de Max. Pero no pienso escribirlo aquí con todas las letras hasta que no lo confirme. (A clase llegó un niño hijo de madre soltera y Manuel nos avisó de que no le moliéramos a preguntas. Y yo tampoco tengo ya padre y hablo solo cuando tengo ganas.)

«¿Y todavía quieres darme besos o ya no?», me ha preguntado. Y en lugar de responderle me he girado y le he besado en los labios, suavemente, sin cerrar los ojos. Él ha sonreído. Y yo he dicho: «¿Me lo cuentas o no?».

Y no. Al final no me ha contado el secreto con todas las letras. Y yo entiendo que necesite algo más de tiempo. Al fin y al cabo, todavía nos queda casi un tercio de las vacaciones, ¿no?

130

### ***23 de agosto***

Realmente, me cuesta decirlo, pero el retrato que le hice ayer a Negro es un desastre. ¿Qué artista puede

hacer un retrato sin una goma de borrar? Voy haciendo las líneas buenas sobre las líneas que no valen. Todo el papel queda sucio. En vez de un gato parece una pantera alienígena enfadada.

Me daba pereza pero al final he decidido ir a la papelería del señor Tomás a comprar una goma. «¿Me acompañas, Gala? ¿O tienes demasiado trabajo zampando galletas?». Mi hermana se ha levantado enseguida y me ha cogido la mano. «Me tendrás que guiar, porque con un solo ojo veo solo en dos dimensiones, ¿lo sabías?, ¡y puedo tropezar! Lía leyó que con el tiempo el cerebro se adapta, pero yo prefiero ver en dos dimensiones, ¿no te parece?». Antes de salir se ha puesto sus gafas sucias de Audrey Hepburn.

Hemos salido a la calle cogidas de la mano. He cerrado un ojo y le he dicho: «Quiero probar lo de vivir en dos dimensiones». Gala se reía: «Entonces tú me llevas a mí y yo te llevo a ti, ¿no?». Y así hemos ido avanzando, a pasos más pequeños de la cuenta, decidiendo qué tipo de gomas pediríamos, riéndonos, hasta que hemos llegado a la papelería.

131

Una vez dentro he abierto el ojo que había cerrado. Gala se ha quitado las gafas.

El señor Tomás, que es calvo y muy bajito, nos ha recibido con todo tipo de fiestas, preguntando qué tal iba con la barca, qué tal el ojo de Gala, cuándo venía mamá... En este pueblo todo el mundo lo sabe todo, pero todos guardan secretos. Curioso.

«¿Qué queráis? ¿Qué necesitáis?», ha preguntado. Entonces he pedido tres gomas de borrar, una para cada hermana. He dicho: «Una blanca y perfumada para Lía, una profesional para mí, y otra para Gala, en forma de corazón». El señor Tomás ha hecho que no con la cabeza. Y después ha encogido las cejas y ha dicho: «Pero... pero... si debéis de tener la casa del abuelo llena de gomas, ¿no?». Gala y yo nos hemos mirado. Ella le ha dicho: «¿Qué quiere decir, señor Tomás?». Y él ha contestado muy serio: «Pues que no os las puedo vender porque no me quedan. Pido al mayorista dos cajas por semana, y cada semana viene vuestro abuelo y se las lleva todas. Nunca consigo tener para la gente que viene a comprar una o dos. En cuanto me llegan

del almacén ya tengo aquí a Ignacio para llevárselas. Todas. ¡Todas! ¡Yo tampoco lo entiendo, chicas! Y ya he pensado pedir tres cajas, pero sospecho que también se las llevaría todas, ¿no creéis?».

Gala me ha mirado con su ojo abierto como un plato y yo he levantado una ceja. Sí, sí, una ceja sola, icon toda naturalidad! (Esto todavía se lo tengo que contar a Lía.)

Necesitamos la llave del desván ya. ¡Nuestro abuelo se está volviendo loco!

### **24 de agosto**

Hoy, mientras acabábamos de pintar la barca, Emilio y yo hemos elaborado un plan que parecía perfecto.

Él me sostenía uno de los botes de pintura, ya casi vacío, y yo mojaba el pincel. Pasar el pincel por la madera es muy agradable. El resto de la pandilla estaba en la arena descansando, porque solo quedaban unos últimos rincones y retoques. Los cuatro

pescadores ya se habían ido a casa, a cambiarse antes de salir a dar la vuelta.

El plan consistía en lo siguiente: el abuelo suele ducharse cada día hacia las siete, entre su larga siesta y su paseíto por la plaza. Yo suponía que la ducha sería el único momento del día en que se sacaría del cuello la llave del desván. No parecía una suposición muy idiota, ¿no? Emilio tenía que venir a casa a aquella hora exacta y pedirle un huevo, un destornillador y... «¡Una goma de borrar! Pídele también una goma de borrar», ha dicho Lía, que acababa de entrar en la caseta para recoger. Y así hemos quedado.

A las siete en punto, Emilio ha llamado a la puerta de la cocina: toc, toc, toc. Pero claro, el abuelo, desde la ducha, no le oía. «¡Abuelooo!, ¡Llaman a la puerta de abajo!», ha gritado Gala delante de la puerta del lavabo. Y el abuelo, bajo el chorro de agua: «Pues abrid, ¿no? ¿Por qué no abris?». Tenía razón. Teníamos que abrir nosotras. ¡Qué lío! Lía y Gala han bajado a abrir. Yo me he quedado por arriba, por si el abuelo hacía algún movimiento interesante.

Abajo, se oían las risas nerviosas de mis hermanas y de Emilio. De repente, Lía ha gritado: «¡Abuelooo!, ¡que Emilio necesita un huevooo, una goma de borraaaaar y un destornilladooor! ¿Tieneees?». Pero el abuelo desde la ducha no oía nada. Y yo lo he tenido que repetir, ante la puerta del lavabo, como un loro: «¡Abuelooo!, ¡que Emilio necesita un huevooo, una goma de borraaaaar y un destornilladooor! ¿Tieneees?». Y el abuelo me ha respondido: «Pues que cojan un huevo de la nevera, ¿no? ¡Qué pesaditas sois!». Y yo, con ganas de hacerle enfadar para que saliera: «¡¿Y la gomaaa?!». Y el abuelo, con una voz cada vez más fuerte: «¡iiiYa os dije que en esta casa no hay gomas!!!». Y yo, sin desfallecer: «¡¿Y el destornillador?!».

Y el abuelo ha sucumbido: «¡De acueeerdo! ¡Ya voooy!». Y ha resoplado como un caballo.

Y yo he pensado: ¡perfecto! Ahora saldrá del lavabo envuelto en una toalla, con cara de mono cabreado, y yo entraré de puntillas y, sobre la ropa limpia arrugada, ¡encontraré el cordel con la llave del desván!

Y entonces el abuelo ha salido del lavabo, mojado y envuelto en una toalla. La barba blanca y los cabellos largos le goteaban. Como iba descalzo, ha dejado huellas de agua por todo el pasillo. Parecía muy enfadado. Y del cuello le colgaba, goteando, el cordel con la llave del desván.

¡Este hombre es imposible! ¡Ducharse con una llave oxidada colgada del cuello! ¡¿Dónde se ha visto?!

### ***25 de agosto***

Ya está. Mañana cruzaremos los dedos. Mañana llevaremos al abuelo hacia la caseta de la barca y pediremos a los dioses que no se enfade, por favor, que no se enfade. Todo nos ha quedado muy bien pintado, la barca y la caseta, todo bien blanco y limpio. Y losremos, como nuevos. Esta mañana hemos pintado la caseta por dentro y por fuera, y también hemos dejado preciosa la anchísima puerta roja. Los pescadores han traído escaleras para pintar el techo.

El blanco de la barca que pintamos ayer ya se había secado. Con un pincel fino y pintura roja, he hecho de nuevo la línea que atraviesa la barca de proa a popa, por babor y por estribor. Me ha quedado bastante recta. Después Lía ha escrito una T, yo una E, Paula una R, Eva una E, Gala una S (un poco churro, porque todavía lleva el parche en el ojo), y entre todas (cinco manos cogiendo un pincel, ¡un poco complicado!) una A: TERESA. El nombre de la abuela brillaba como nunca. Y con él su recuerdo, que ya no es de luto, que ya tiene que ser de alegría, ¿o no?

Hemos dado las gracias a Arlet, Xenia, Emilio, Fer y a los cuatro pescadores, por ayudarnos tanto en un proyecto tan personal y familiar. Nos hemos abrazado los trece como un equipo ganador, aunque no hayamos jugado ningún partido.

Y ahora esperaremos a que llegue mañana y por favor por favor por favor ¡que el abuelo no se enfade!

¡Me voy porque me llaman para poner la mesa y a comer!

# TERESA



Esta tarde he tenido dos conversaciones: una con el padre de Max y otra con Emilio. Después he tenido muchas dudas. No sabía si estaba contenta de haber tenido estas dos conversaciones. ¿Está bien preguntar a otras personas sobre el secreto de Max? Ahora creo que sí. Max no quiere hablarlo, pero yo creo que él quiere que yo lo sepa. Él quiere que lo sepa y yo quiero saberlo. Y así estar tranquilos, sin secretos entre nosotros, y apoyándonos. Pero a él no le gusta hablarlo. Y además, yo ya lo sabía, yo ya lo sospechaba, y solo necesitaba una confirmación. Y ahora creo que he hecho bien en ir a hablar con el padre de Max y, después, con Emilio. Espero que a Max también le parezca bien. Ay, ¡no sé!

Hacia las seis he imaginado que Max ya debía estar en el coche oxidado, como cada tarde, tocando la ocarina. Y yo me he acercado a la autocaravana, donde pensaba que podría hablar a solas con su padre. Le he encontrado cantando y tocando la guitarra en una de las sillas plegables, a la sombra de un pino. Cuando el hombre me ha visto, no ha dejado de tocar ni de cantar.

Ha continuado con su canción, mirándome a los ojos. Yo, sin hablar, he cogido otra silla y la he desplegado delante de él. Me he sentado y, cuando ha acabado la canción, he aplaudido. Entonces él ha saludado con un gesto de la cabeza, ha apoyado la guitarra en el tronco del pino, y me ha dicho: «¿Qué? ¿Ya te lo ha contado?». Yo le he tenido que confesar que no, que Max no me había dicho nada de su secreto. «¿Quieres que te lo cuente yo? ¿Te ha enviado para que te lo cuente yo?», me ha preguntado. Y yo he tenido que volver a decirle que no: «No. Él no sabe que estoy aquí. Y no quiero que me diga nada que él no me haya dicho. Solo quiero preguntarle si lo que yo creo es cierto». El padre de Max ha separado las piernas, ha entrecruzado los dedos de las dos manos sobre su barriga y ha esperado a que yo siguiera hablando. Y entonces me he sacudido el miedo y la vergüenza y lo he dicho:

«Max tiene cuerpo de niña, ¿no?».

Él solo me ha respondido: «Eres muy espabilada, Duna. Estoy muy contento de que seáis tan amigos. Sé que le entiendes y que no le harás daño.

¿Quieres un zumo? ¿Una ensaimada?».

Y nos hemos puesto a merendar juntos, sin volver a sacar el tema.

Después de despedirnos he vuelto al pueblo por el camino del castillo y he bajado a la plaza a buscar a Emilio. Como tiene trece años, él ya lleva un año en el instituto de Vellescut.

Le he encontrado sentado en los bancos con otros chicos y chicas que conozco poco, los mismos a los que escuché hablar sobre Max. Es su pandilla del pueblo. Algunos llevan un año en el instituto de Vellescut, y algunos irán a partir de septiembre, como Max y como yo. He hecho una señal a Emilio para que viniera. Él se ha acercado enseguida, con una sonrisa. Nos hemos sentado al lado de la fuente. Él me ha preguntado que qué quería y yo he ido al grano: «¿Conoces a Max?». Y él me ha dicho: «¿A quién?». Y yo he aclarado: «A Max, un niño de mi edad, un año menos que tú, uno que vive con su padre en una autocaravana en medio del bosque». Emilio ha dicho: «Ah, sí, sí, ya, sí». Entonces me he dado cuenta de que yo ya no sabía qué más preguntarle.

Me he quedado callada, rascándome la nuca. Emilio me ha puesto una mano sobre la rodilla. Me ha preguntado si Max y yo nos habíamos hecho muy amigos, y si nos lo contábamos todo. Yo he hecho que sí con la cabeza. He preguntado: «El secreto de Max, en el colegio, ¿lo sabe todo el mundo?». Y mi amigo también ha hecho que sí con la cabeza: «Porque cuando le conocimos... Llegó al pueblo para hacer quinto y yo estaba en sexto, y bien, que todavía no... Que cuando le conocimos no se llamaba así. Esto de llamarse Max es de ahora. En el cole todavía era...».

«Cállate, Emilio», le he cortado. «No quiero saber cómo se llamaba antes, si no me lo dice él. Para mí es Max. Y a partir de ahora tendría que ser Max para mí, para ti, y para todo el mundo. ¿Crees que puedes decírselo a los otros para cuando él llegue en septiembre al instituto...?».

Y Emilio me ha dicho: «No te preocupes, Duna, los del pueblo ya lo sabemos. Hace tiempo que lo sabemos. Ya lo hemos hablado y, no sé, al menos yo no tengo nada que decir al respecto. Pero no puedo

hablar por los demás. Y menos aún por toda la gente del instituto que no es de Dunas, que es la mayoría».

He pensado que mi amigo se está haciendo mayor y que no me había dado cuenta. Y le he dicho: «Y Emilio, al menos, ¿no podríais intentar...? Quiero decir, que no seamos nosotros los que lo extendamos por el instituto. Que sea Max quien lo cuente a quien quiera. Cuando él quiera. Si quiere. ¿Qué te parece?».

Emilio me ha prometido que lo hablaría con los demás. Después hemos entrechocado nuestros nudillos y él ha vuelto a los bancos. Yo me he quedado un rato pensando, jugando con el agua de la fuente con las puntas de los dedos.

## ***26 de agosto***

Nos hemos vestido todas de blanco. Las tres de blanco, y las dos primas también. Ha sido idea de Lía: «Hará un efecto bonito, todas de blanco, delante de la caseta y la barca. Todo bien blanco».

Los otros cuatro de la pandilla y los cuatro viejos pescadores nos tenían que esperar delante de la caseta a las siete, porque con el sol de la tarde el blanco no deslumbra tanto y el rojo de la portalada se hace intensísimo. Todo bien bonito. A los tíos Julián y Rita al final no se lo hemos dicho. Si alguien tenía que enfadarse, con el abuelo ya teníamos bastante.

A las seis Lía ha zarandeado al abuelo, que dormía en el sofá: «Abuelo, ya está bien de estas siestas tan largas. Venga, una ducha rápida, y ponte bien guapo, que vamos a dar un paseo». El abuelo, sin responder, se ha levantado, ha subido arriba y se ha metido en su cuarto a remover el armario. ¿Nos estaba haciendo caso? ¿Sin mascullar? ¿Sin preguntarnos por qué?

A la media ya le teníamos en la cocina muy acicalado. Quizás porque nos había visto de blanco, se había vestido él también del mismo color. Y dejaba un rastro de colonia por donde pasaba. «¡Un paseo con mis nietas! ¡Qué novedad!», iba diciendo con una sonrisa. Al principio se me ha hecho raro que el abuelo pareciera tan dispuesto a todo, pero después lo he

entendido: era la primera vez que le proponíamos un paseo juntos, y quizás el abuelo no es tan seco como pensaba. Se ha sentado en una silla y le ha dado un cepillo a Gala: «Niña, hazme una trenza, va». Gala ha dejado las galletas de lado y se ha puesto a ello, callada, con el ojo sano muy fijo en las canas del abuelo. Ha hecho la mejor trenza que haya hecho en su vida: suave y fuerte. Yo he levantado una ceja y Lía se ha partido de risa. «Ahora vosotras tres, va, peinaos bien, que vais hechas unas fieras». El abuelo tenía razón, vestíamos muy guapas pero parecía que llevábamos tres días sin peinarnos. Bueno, no solo lo parecía. Yo he repasado el pelo corto de Lía, Lía ha peinado la media melena de Gala y le ha hecho una raya justo en medio, y Gala me ha hecho una coleta larga, alta, bien centrada.

Las primas han llegado puntuales.

Entre las cinco, nos ha costado un buen rato convencer al abuelo de que tenía que salir de casa con los ojos vendados. «¡Que no! ¡He dicho que no! ¡Que no quiero hacer el ridículo!». Gala argumentaba que ella

llevaba días con un ojo tapado: «¡Solo será un cuartito de hora, abuelo!». Al final Lía, con besitos en las mejillas, lo ha ablandado, y el abuelo se ha dejado tapar los ojos con un paño de cocina limpio. Aún sonreía. Y nosotras cruzábamos los dedos.

Hemos llegado tarde a la barca, porque el abuelo no se fiaba de que le guiáramos bien. Daba pasos minúsculos y tropezaba por las aceras, por la arena, por las piedras de la plaza. E iba refunfuñando: «¡Estoy haciendo el ridículo! ¿Me está mirando alguien?». La gente salía de las casas para verle pasar. Había amigos, simpáticos y chismosos, en puertas, ventanas y balcones. Pero todo el mundo se callaba, porque sabía dónde lo llevábamos, y todo el mundo sabía que era una sorpresa.

146

Allugar delante de la caseta, los demás nos esperaban muy callados, haciéndonos señas de emoción con ojos y manos, sonriendo. Las gemelas ya les habían dejado la llave para que tuvieran la portalada abierta de par en par cuando llegáramos.

El abuelo ha levantado la nariz: «Puedo sentir el

olor a mar. ¿Dónde estamos?». Y entonces Lía le ha quitado el trapo de los ojos. Y todos hemos gritado muy fuerte: «¡iiiTatacháaaaaaaaaaaaaaaaaaan!!!». Lo teníamos bien ensayado.

El abuelo no ha dicho nada. Nada de nada. Ha soltado todo el aire que llevaba dentro desde casa. Ha dado pasitos muy pequeños hasta el umbral. Ha mirado dentro. Ha contemplado su barca, tan blanca como cuando él tenía veinte años y la estrenó con la abuela. Después se ha girado y nos ha mirado uno por uno. Ha clavado los ojos en los pescadores, encogiendo las cejas y cerrando los puños. Ha clavado los ojos en nuestros cuatro amigos, Xenia, Arlet, Emilio y Fer, uno por uno, haciendo que no con la cabeza. Después ha clavado los ojos en nosotras cinco, sus nietas, y me ha parecido oírle mugir como un buey a punto de clavar los cuernos.

147

Después ha empezado a andar muy despacio, arrastrando los pies, cabizbajo. Se alejaba de la barca, de la caseta, de nosotros. Volvía al pueblo y no miraba atrás. Todos le hemos seguido sin hablar.

El abuelo ha empezado a acelerar la marcha despacio, cada vez más rápido, cada vez haciendo más ruido con los pies. Se adentraba por los callejones. Casi corría. A su paso las caras de los vecinos desaparecían. Se cerraban de golpe las puertas, las ventanas, los balcones. El abuelo clavaba los pies con fuerza en cada zancada. Mascullaba entre dientes, y repetía el nombre de la abuela, y hablaba de sus nietas, y del tío y de mamá. Y cerraba fuerte los puños.

Al llegar a casa, ha entrado por la puerta de la cocina, que ha dejado abierta. A partir de aquí solo le hemos seguido las cinco nietas. Los otros se han quedado en el umbral, susurrando. El abuelo ha subido las escaleras como un tornado y hemos oído la llave vieja girar y hemos oído cerrarse de golpe la puerta del desván. Cuando nosotras estábamos llegando él cerraba por dentro. Negro maullaba delante de la puerta centenaria. Él tampoco había llegado a tiempo.

Dentro del desván cerrado, el abuelo Ignacio lloraba.

Hace horas que llora.

El abuelo está solo encerrado en el desván y ya se ha hecho de noche y hace horas que llora.

Las gemelas se han ido, Lía está durmiendo en su cama, yo escribiendo en la mía, y Gala durmiendo acurrucada con Negro delante de la puerta del desván.

### ***27 de agosto***

Cuando me dormí anoche todavía podía oír al abuelo sollozar. He soñado que el abuelo era un niño muy pequeño vestido de blanco.

Me he despertado todavía con la ropa blanca de ayer por la tarde, y con la coleta medio deshecha. Lía estaba sentada a los pies de mi cama y no leía. Me miraba. La he mirado. «¿Subimos?», me ha preguntado. Ella también vestía todavía como ayer y el naranja eléctrico de su pelo parecía apagado. Enseguida le he dicho que sí y me he levantado.

Nos hemos cogido de las manos y hemos salido al pasillo, enleñañadas. Al girar hacia las escaleras del

desván, una claridad infinita nos ha deslumbrado. Desde la puerta centenaria, abierta como un bostezo, la blancura iluminaba cada peldaño. Cegadas, hemos empezado a subir, medio cerrando los ojos, tapándonos las caras. Poco a poco, nos hemos acostumbrado a la luz y hemos podido ir abriendo más y más los párpados.

Y ya estábamos en el umbral, plantadas delante de la puerta abierta, mirando hacia dentro, la una junto a la otra.

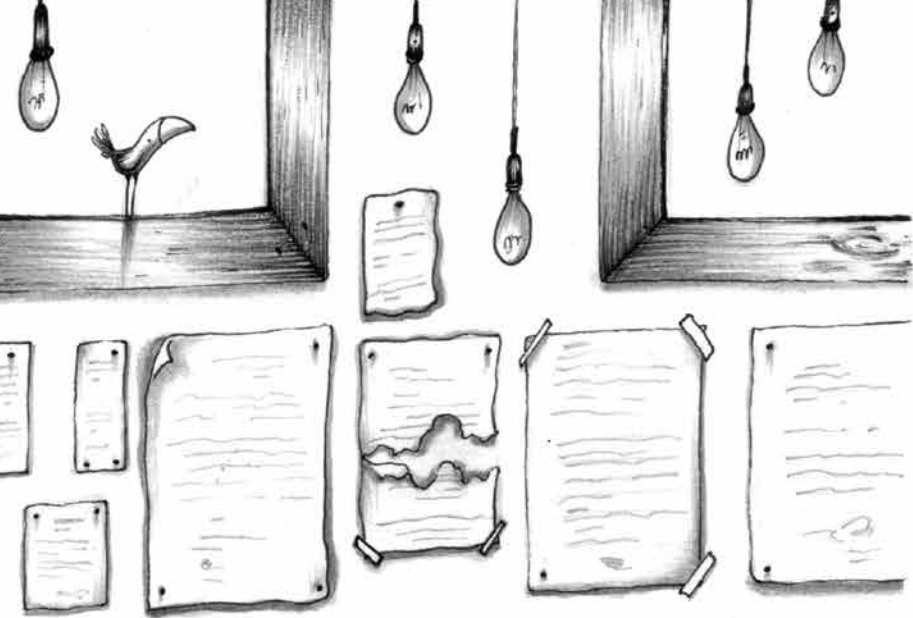
Y ya podíamos ver, por fin, sin robar ninguna llave, la blanca inmensidad del desván, un blanco intenso que lo bañaba todo.

Tres ventanas abiertas y una decena de bombillas iluminaban un desván blanco. Todo era blanco. El techo, el suelo y las paredes. Todo bien blanco. El techo pintado de blanco, el suelo enmoquetado de blanco, las paredes forradas de papel blanco.

Hemos entrado lentamente, aún descalzas, pisando una alfombra blanca de borras sucias, de goma blanda y desbriznada. Tenía que haber pasado muchas noches borrando para llegar a cubrir toodo aquello

de tanta goma deshecha. Centenares de papeles blancos y viejos forraban las paredes. Nos hemos acercado para mirarlo de cerca: páginas escritas a mano por la abuela, arrancadas del diario de la abuela, y cartas de la abuela, y también del abuelo para ella, y algunas fotografías. Todo pegado a la pared, muy arrugado. Todo echado a perder por horas y horas, largas noches de pasar las gomas de borrar, de intentar borrarlo. La mano de Lía estrechaba la mía. La he mirado y creo que se le ha escurrido por la mejilla una lágrima seca.

Me he quedado pensando, tratando de entender al abuelo. Debe de llevar unos tres años, desde la muerte de la abuela, intentando borrar todos estos papeles. ¿Por qué? Supongo que los papeles le recuerdan a la abuela. ¿Los borra para olvidarla? ¿Pero por qué quiere olvidarla? Entonces lo he visto claro. El recuerdo de la abuela le hace daño al abuelo. Le da pena, siente añoranza. Seguramente le hace un daño insoportable, tan insoportable como para volverle un poco loco y hacerle subir al desván cada noche con los bolsillos llenos de gomas de borrar.



Nos hemos girado. En el rincón del fondo, sobre la alfombra de goma blanca, Negro se acurrucaba contra la barriga de Gala, y Gala se acurrucaba contra la barriga del abuelo. El abuelo Ignacio, todavía vestido de blanco, nos miraba desde el suelo, con los ojos rojos, apoyado en la pared, y nos sonreía, rendido. El abuelo se había rendido.



Sí. El abuelo se ha rendido.

Mañana llega mamá con Manuel y se encontrarán con un panorama muy entretenido.

### **28 de agosto**

Manuel todavía no me ha pedido este diario. ¿Se acordará? Mamá ni siquiera me ha preguntado si he escrito mucho.

Yo me había vestido de negro, toda de negro, y no me había peinado, para molestar a mamá, pero en cuanto me ha visto en medio del parking me ha dado un abrazo que me ha levantado del suelo ¡Qué vergüenza! Como si yo todavía fuera pequeña como Gala. Después ha dado besos a Lía y ha mirado a mi hermana pequeña: «¿Qué te ha pasado en el ojo, hija?». Y Gala ha respondido: «Tranqui, mamá, el abuelo ya se ha ocupado y estoy bien». Y mamá ha levantado una ceja.

Les hemos ayudado a arrastrar las maletas hasta

la casa. En la cocina, el abuelo daba la vuelta a su famosa tortilla de patatas y decía: «¡Bienvenidos!».

Creo que él ya sabía lo de Manuel y mamá, que quizás sean novios. Creo que lo ha sabido desde el inicio del verano. Y les ha guardado el secreto. El abuelo es el rey, guardando secretos.

Ellos se han dado una ducha y han vuelto a bajar riéndose, con el pelo mojado. Después hemos comido en la terraza de detrás de la cocina. Hacíamos pan con tomate y le poníamos tortilla o quesos. Manuel y mamá contaban batallitas del viaje: en Roma esto, en Atenas aquello, en Estambul no-sé-qué... Todas hacíamos como que estábamos contentas pero era raro. Ni una palabra sobre el desván, la barca, la relación entre ellos dos... ¿Cuándo empezaríamos a hablar en serio?

Entonces, con la boca llena, Gala ha dicho: «Duna, va, cuéntale a mamá y a Manuel lo de tu regla, ¿no? Mamá, a Duna le ha venido la regla, ¿eh? ¿A que no lo sabías?». Manuel me ha guiñado un ojo y mamá me ha puesto una mano sobre mi mano.

Entonces he entendido por qué el abuelo se fue corriendo de la barca. Nosotras no teníamos derecho a decirle cuándo tiene que volver a tener ganas de salir a navegar. Después he querido estrangular a Gala, me han venido ganas de ahogarla en una piscina de galletas deshechas. Y al final he mirado a mamá y he pensado: Yo qué sé... No, no tengo ganas de poner mala cara ahora, porque... sí, me alegro de verla. Así que le he sonreído y le he dicho: «No necesito nada, tranquila. Ya me ayudó Lía». Mamá no ha preguntado por qué no le dije nada por teléfono, porque ya lo sabe. Ya sabe que he estado medio enfadada con ella y ya sabe que me estoy esforzando por no estarlo. Mamá ha apartado la mano, ha dado las gracias a Lía y hemos seguido comiendo.

156

El abuelo seguía con la llave del desván colgada del cuello, pero nos ha prometido que hablará con mamá y con el tío Julián y que mañana todo cambiará. Ya veremos...

De momento mamá y Manuel no han contado nada de aquello que querían «contarnos juntos

y a la cara, tranquilamente», como prometió Lía la semana pasada. Santa paciencia.

Ahora todos están haciendo la siesta y yo estoy escribiendo. ¡A ver si le estaré cogiendo el gusto!

Quedan tres días para el final de las vacaciones y ahora que ha vuelto mamá no sé si tendré mucho más tiempo para Max. Tenía que verle.

Antes de ir, sin embargo, he puesto la crema en el ojo de Gala y le he cambiado el parche por uno nuevo. Tenemos que ir haciéndolo entre todos dos veces al día.

Lía me ha prestado unos pantalones muy cortos y una camisa muy fina, todo blanco. Me he cepillado la cabellera y la he dejado suelta. He salido de casa hacia la playa. En cuanto he tocado la arena me he quitado las sandalias. La arena quemaba pero eso me gusta. He empezado a andar hacia el sur, con los pies dentro del agua calentita de la orilla. He coincidido con un perro pequeño y negro, con un niño que perseguía una pelota, con un castillo de arena, con una tabla de surf, y... ¡y con Max! He topado de narices

157

con Max, que venía por la playa, mojándose los pies, con los pantalones arremangados hasta las rodillas y con las botas en la mano.

Nos hemos quedado plantados. El uno delante del otro, callados. Nuestras alturas son exactas. La brisa movía un poco su pelo siempre desordenado. Me ha cogido una mano y me ha dado un beso en la punta de la nariz. Bajo una sombrilla, una voz ha dicho a otra: «Te digo que es un niño, hombre, ¿cómo van a ser dos niñas?». A mí se me ha escapado la risa, y he pedido perdón a Max. Él me ha guiñado un ojo sin mover los labios.

Me ha dicho que precisamente venía al pueblo a buscarme. ¿A buscarme? ¿Sin capucha? ¿Por el medio del pueblo? Me ha extrañado pero me ha parecido una buena noticia, ¿no? Después me ha propuesto ir a sentarnos en las dunas. Hemos subido cogidos de la mano. En las manos libres llevábamos los zapatos. Nos hemos sentado a contemplar el mar, el uno junto al otro. «¿Ya no llevas los auriculares para escuchar el silencio?», me ha preguntado.

Ostras. No me había acordado más y no los he usado desde la segunda semana. «Ya no los necesito», he respondido, «pero gracias por preguntar, porque si no no me habría dado cuenta».

Después le he preguntado: «¿Cuándo os vais a Vellescut, Max? El instituto empieza pronto, ¿no? ¿Ya sabéis dónde pondréis la autocaravana?». Entonces Max me ha contado que no había que moverla, que ya tenían casa en la ciudad. Eso me ha extrañado mucho. «Es un piso. Es el piso donde nací y donde crecí. Mi padre y yo nos fuimos hace dos años porque mamá y él... bueno, que discutían. Pero ahora mamá... Mamá ha venido a vernos unas pocas veces este verano. Dice que ha conocido a otros padres, y no sé qué de una asociación. Y ahora los dos dicen que se quieren, y que se echan de menos. El otro día mamá se quedó a cenar en la autocaravana. Y me llamó Max. Me llamó por mi nombre por primera vez. Es que antes no lo entendía, ¿sabes? No entendía lo que me pasa. Y no entendía que mi padre lo entendiera. Y no se hablaban por mi culpa».

Desde el ojo gris inmenso de Max que yo tenía a la vista, paralela a su nariz rectilínea, bajaba una gota salada y brillante. Me he girado y la he besado sin pensar. Después nos hemos reído los dos. Y entre risas me ha acabado de contar que él y su padre vuelven a casa. Y que la madre ha dicho que ya lo ha entendido, y que la perdonen. Y yo le he dicho que, fuera como fuera, que no volviera a decir que todo aquello era culpa suya. Entonces una lagartija le ha dado un beso en el pie.

De repente, me he dado cuenta de que soy un desastre y me he dado un golpecito con la palma en la frente. «¡Soy un desastre!», le he dicho. «¿Cómo puedo ser tan desastre?». Max me ha preguntado por qué. Le he recordado que él me había regalado una piedra super chula pintada por él. Y que yo no le había regalado nada. «No seas tonta, Duna, no necesito ningún regalo», me ha asegurado. Y yo le he insistido: «Yo tampoco necesito una piedra, pero sí me hace mucha ilusión tener la tuya. Y quiero que tú también tengas algo que te recuerde a mí y te haga ilusión».

Y él ha vuelto a decir: «No necesito nada que me recuerde a ti. Te llevo aquí», y se ha señalado el corazón. «Y además, que sí me has dado un regalo, pero es invisible». Yo he puesto unos ojos como platos: «¿Qué?! ¿Qué regalo invisible te he dado?». Y Max ha dicho (¡es un poeta!): «Tú, Duna, me has regalado una puerta abierta para mi secreto. Una puerta entre tú y yo».

Entonces Max se ha levantado y se ha puesto justo delante de mí. Después ha levantado un poco los brazos y me ha rodeado el cuello y me ha abrazado. Nuestros pechos juntos, nuestros corazones juntos. Con su ocarina colgada entre nosotros. Y he levantado también un poco los brazos y le he abrazado por debajo de los suyos. Dicen que, para que dos corazones se escuchen entre ellos, tienen que estar pegados al menos veintiún segundos. A nuestros corazones les ha sobrado tiempo. Max me ha dicho al oído: «Ahora todavía tengo poco pecho, pero no sé si te seguiré abrazando de aquí a un año. Cuando me crezcan no sabré qué hacer con ellos». Así que he aprovechado el momento y le he estrechado contra mí un poco más.

«Cuando nos crezcan miraremos los míos», le he respondido. Y Max se ha partido de la risa.

El sol iba bajando detrás de su hombro. Poco a poco nos hemos separado y nos hemos mirado a los ojos. Sus ojos grises e inmensos. Mi ojo negro y mi ojo verde. Nadando los unos en los otros. Fundidos por un instante.

«Nos vemos en el instituto, baby», le he dicho antes de irme.

Y mientras yo bajaba hacia la playa, él se ha quedado en las dunas y me ha regalado una nueva melodía de su ocarina.

### **29 de agosto**

Esta mañana mamá nos ha despertado a besos: «¡Venga, las tres arriba, que tenemos trabajo y ya son las diez!». Desde el umbral de nuestra habitación, nos miraban tío Julián y las dos gemelas. Mamá ha continuado: «Ropa de trabajo, hijas, que vamos a hacer

limpieza». Ellos cuatro llevaban pañuelos en la cabeza y camisetas viejas. Paula abrazaba dos escobas, Eva empuñaba un rollo de bolsas de basura y un recogedor pequeño, y el tío sostenía entre los brazos, con delicadeza, una caja de madera pintada de azul.

Mientras buscábamos ropa para conseguir ir de la misma guisa, Gala ha preguntado por Manuel. Mamá ha respondido: «Con tía Rita, tomando un café en la plaza, porque esto lo tenemos que resolver entre los descendientes directos del abuelo». Lía ha preguntado: «¿Qué se tiene que limpiar?». Y Julián ha dicho, seco: «El desván». Y Lía ha seguido: «¿Os lo ha contado todo, lo que hacía por las noches?». Y mamá ha respondido: «Nos lo ha contado todo. Le ha costado dos largas horas. Y nos ha dicho que vosotras le habéis salvado». Después ha sonreído y Julián ha acariciado las cabezas de las primas.

Hemos subido los siete: los dos hijos del abuelo y las cinco nietas.

«¿Y el abuelo dónde está?», he preguntado. «Ha dicho que tenía que hacer un recado», ha dicho Paula.

«Y que prefería que esto de la limpieza lo hiciéramos nosotros», ha añadido Eva, «que él no quería verlo».

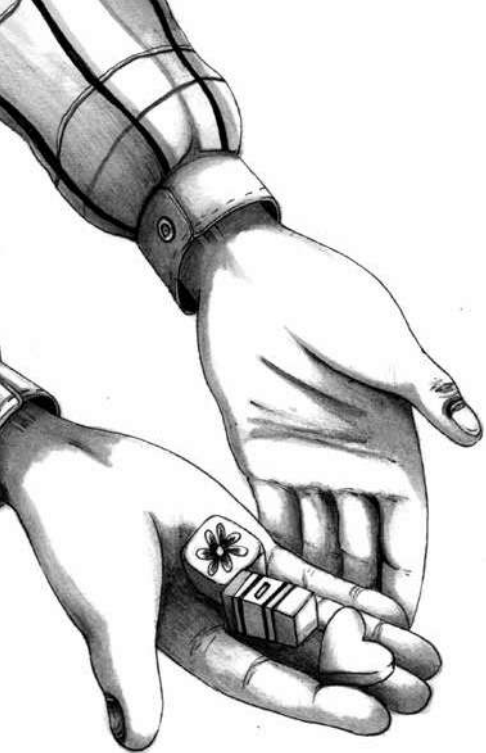
El trabajo era sencillo. El tío y mamá han dado directrices a todas:

1. barrida general de alfombra de borras,
2. limpieza de ventanas,
3. recogida de papel de las paredes (diario, cartas, fotos).

Ha sido rápido. Paula y Gala barrían (mi hermana un poco de lado, por lo de las dos dimensiones). Eva, con el recogedor, metía los montones de goma deshecha dentro de las bolsas de basura. Julián silbaba, con una mano se rascaba la barba pelirroja, con la otra limpiaba los cristales de las ventanas, sucios de tres años. Mamá y Lía, despacio, desenganchaban la cinta adhesiva de las esquinas de fotos y hojas, y me lo iban pasando. Yo, sentada en el suelo, guardaba las fotos en la caja, doblaba los papeles e intentaba ordenarlos, y los metía también. Husmeándolos. Acariciándolos. Pensaba en la abuela. Recordaba sus manos viejas llenas de pecas. Hacía muy buena letra. Y recordaba su pelo blanco,

y que ya no era pelirroja cuando yo nací. Y su trenza puesta de diadema. Y pensaba en el abuelo jugando al ajedrez con ella, cada martes al atardecer, feliz de que ella ganara. Y pensaba en la barca acabada de pintar. Y en la botella de cava benjamín y en las dos copas sucias que encontramos dentro de la barca, dentro de la neverita azul y blanca que Lía guardó bajo su cama. Y pensaba en el abuelo y la abuela brindando en la barca, un domingo cualquiera. Y entonces he cerrado la caja y he levantado la vista. La madera del suelo estaba limpia y brillante. Las paredes estaban vacías y blancas. Las ventanas abiertas y limpias, las bombillas apagadas, y yo, sola en medio de todo. Se habían ido todos y no me había dado cuenta. En el umbral, Negro se frotaba contra las piernas del abuelo, que me miraba con los ojos enrojecidos alargando una mano hacia mí.

Me he levantado y he avanzado hasta la puerta centenaria. Le he entregado la caja azul, que contenía todos los recuerdos de su amor, de cincuenta años de amor. Los recuerdos que el abuelo había querido borrar. Los recuerdos imborrables. Ha mirado la caja:



«La guardaré siempre, Duna. No sé si la abriré algún día, pero la guardaré bien», me ha prometido. Después me ha puesto una mano en el hombro y me ha invitado a bajar. «¿Dónde estabas, abuelo?», le he preguntado. «En la papelería del señor Tomás», me ha respondido.

Hemos bajado juntos hasta la cocina, donde los otros bebían zumo y agua. Mamá se reía.

El abuelo ha dejado la caja sobre la mesa y se ha metido la mano en el bolsillo. Ha sacado tres gomas: una blanca y perfumada, una profesional, y una en forma de corazón. Ha dicho: «Me ha dicho el señor Tomás que estas son las que queríais, ¿no?». Y, como si fuera el final de una película de aquellas que hacen llorar, las tres nos hemos abalanzado sobre él para abrazarle.

### ***30 de agosto***

Un día espléndido. Espléndido para mirar el mar, para estar en familia, para abrir todas las puertas de los secretos. Un día espléndido para pasear en barca.

El abuelo se ha levantado de la cama en calzoncillos, sin ninguna llave colgada del cuello. Ha estirado los brazos arriba y ha dicho: «¡Quiero pasear en mi barca!».

Antes de las doce ya estábamos todos en la caseta. Hemos empujado la barca con mucho esfuerzo sobre la arena, hasta el agua. Una vez dentro del agua hemos subido a la barca. Cabíamos todos: las gemelas y los tíos, mamá, Manuel y nosotras tres. Todos sentados en la bancada de alrededor, bien apretaditos. Lía ha conseguido encajar una super bolsa que había cargado desde casa. El abuelo, en la popa, dirigía la operación como un capitán: «Va, enganched los remos en su puesto, y haced turnos para remar, que yo ya estoy muy viejo». Llevaba una trenza bien hecha por Gala, pero algunos mechones de pelo blanco le revoloteaban con el viento.

Hemos remado fuerte, bajo el sol inmenso. Con tanta gente adentro, con solo dos remos, parecía imposible avanzar. Nos hacía gracia. Íbamos lentos y no nos hemos alejado mucho de la costa, pero ni

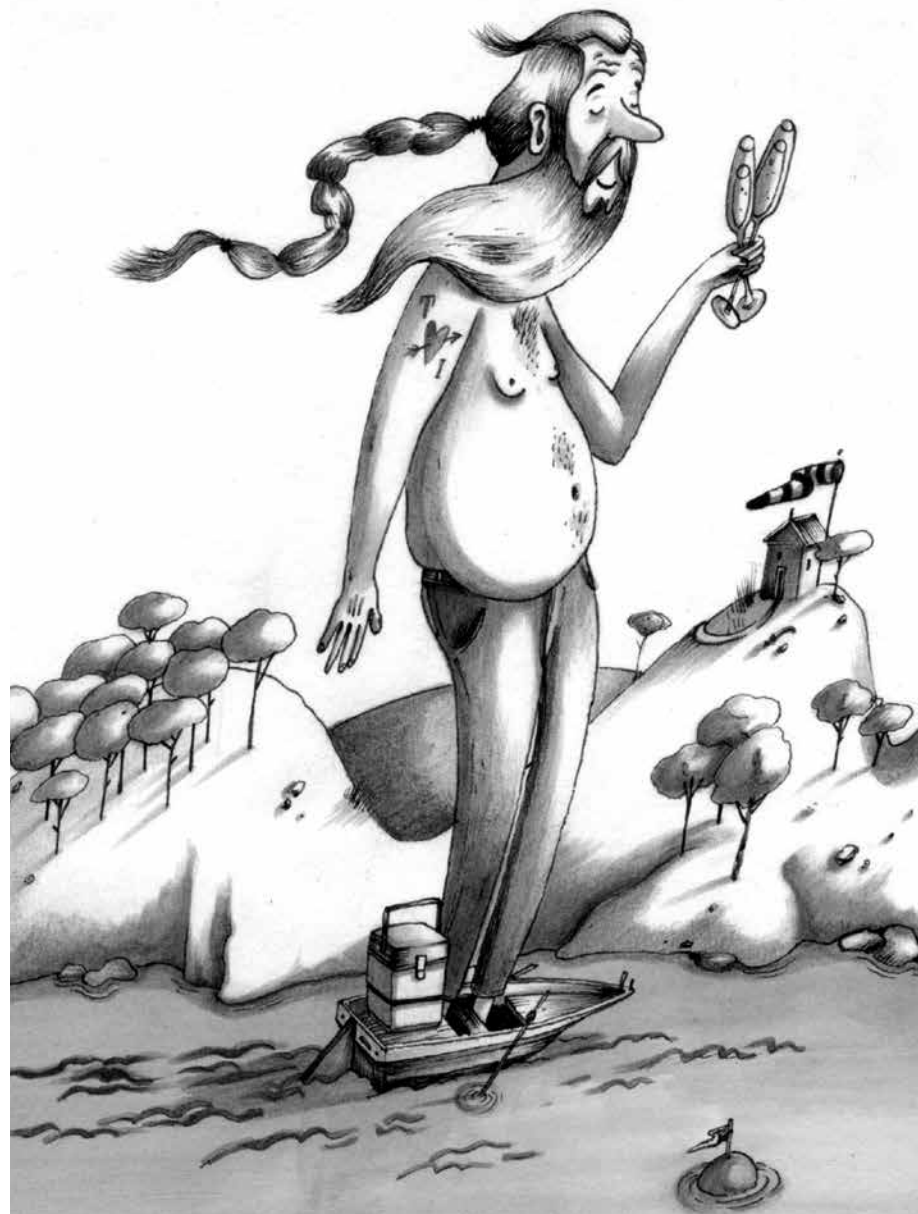
teníamos prisa ni teníamos que llegar a ninguna parte. La verdad es que yo echaba de menos a Max, pero, como había sospechado, allí no había nadie más. Nos he mirado y he pensado que, ahora que la barca estaba limpia y muy llena, tenía más ganas de dibujarla.

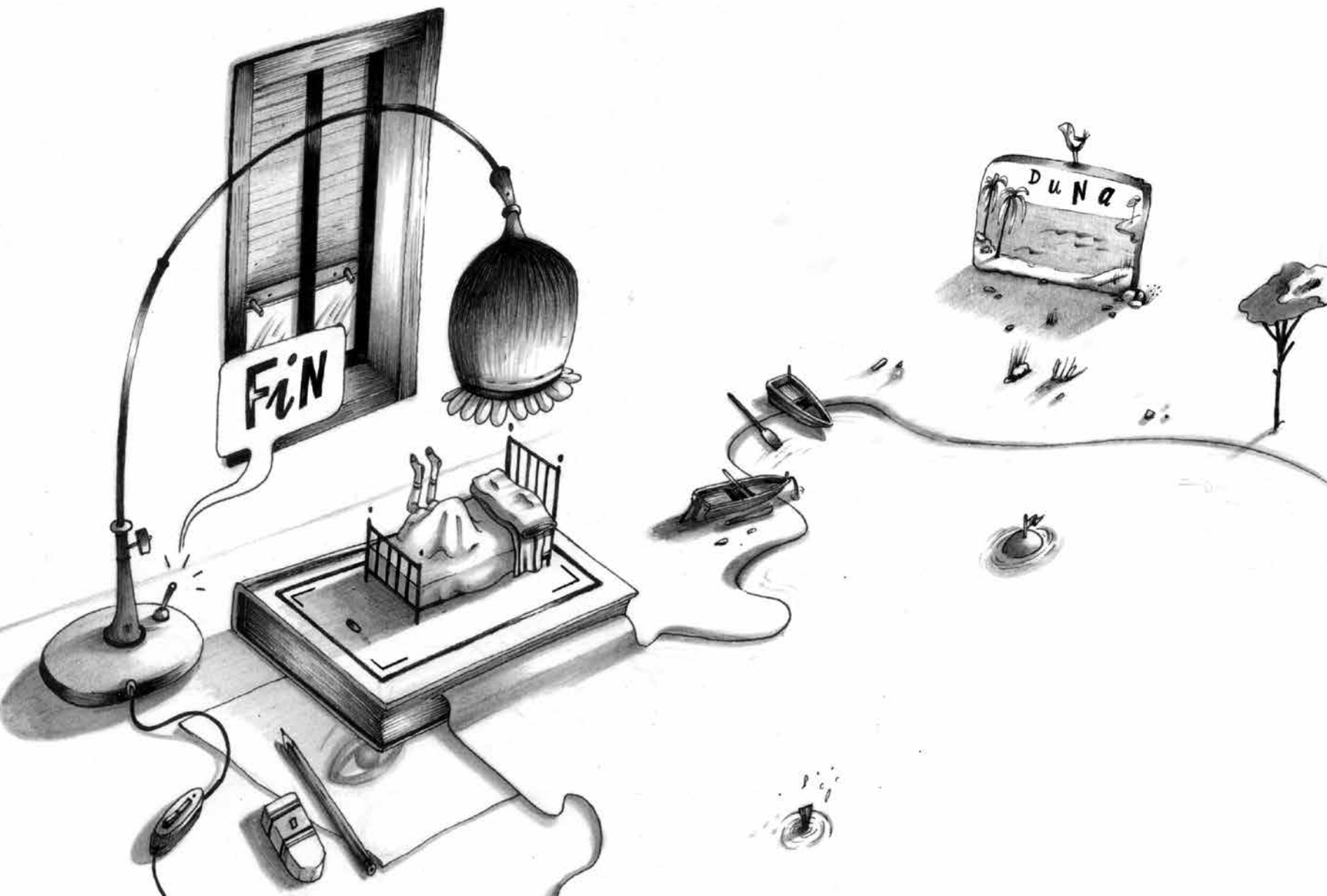
Manuel, en chándal (claro), tenía una mano sobre la rodilla. Mamá se la ha cogido y se la ha besado suavemente. Él se ha sonrojado y me ha mirado. Me ha apuntado con un dedo y me ha dicho, bromeando: «¡Esto no lo escribas en el diario de verano!». Entonces yo he levantado una ceja y los dos nos hemos reído bien fuerte. Así pues, Manuel se acuerda muy bien de los deberes que me puso. Glups. Espero no haber escrito nada que le haga enfadar.

Gala, que ahora tiene la vista corta pero sigue teniendo la lengua muy larga, ha preguntado: «Va, Manuel, di, ¿qué es eso del besito en la mano, eh? ¿Mamá y tú sois novios o no? ¿No decíais que nos teníais que contar algo?». Mamá se ha removido en la banqueta y la barca entera ha bailado de lado a lado: «¡No hagas estas preguntas a Manuel, Gala! Ya te lo contaré yo».

Y Gala: «Pues venga, va, cuéntalo, ¿no?». La cara de mamá se había puesto roja como un tomate. El tío Julián le daba codazos. El abuelo ha dicho: «¡Claro que están enamorados! ¿Es que no sabéis ver el amor cuando triunfa así de fuerte? ¿No veis cómo les brillan los ojos a los dos?». Tía Rita sonreía, y las primas miraban a la nueva parejita boquiabiertas.

Entonces Lía ha abierto la super bolsa que llevaba y ha sacado la neverita. De dentro, ha sacado la benjamín de cava bien fresquita y las dos copas bien limpias, brillantes. Rita ha preguntado si aquel cava no estaría pasado después de tres años, pero el tío Julián ha respondido que no, porque había estado guardado en la oscuridad y al fresco de la caseta. Manuel ha abierto la botella y ha ayudado a Lía a llenar las copas. Las han hecho entrechocar, tintín, y Lía ha brindado: «¡Por el futuro del abuelo!». Todos hemos repetido: «¡Por el futuro del abuelo!», y nos hemos ido pasando las copas, para dar un sorbito pequeño cada uno. El abuelo se ha acabado los dos culitos que le han llegado.





FIN

DUNA

Todo mi agradecimiento a los primeros críticos, Assum Guardiola, Eva Perarnau, Genona Galera, Marc Cortés, Mar Font, Roger Coch, Ramon Gisbert, Gerard Coll-Planas y especialmente al amigo y escritor Ian Bermúdez y al más joven del equipo, Raúl Barrios Jiménez; también a Ernest Martínez, de las cavas Rimarts, por ayudarme a conservar la botellita del abuelo Ignacio; finalmente y por supuesto, a Mar González, Paula Jarrin, Ferran Orta, Tina Vallès y Clara Massons por hacerse suya a Duna y convertir este libro en realidad.



*Me ha mirado:  
«¿Qué estás escuchando?».  
¡No me había dado cuenta de que  
todavía llevaba los auriculares puestos!  
Me he sacado el de la derecha  
y se lo he ofrecido: «Solo el silencio».  
Max ha cogido el auricular y se lo ha puesto:  
«Me encanta el silencio».*

Hola. Me llamo Duna y este es mi diario de verano. Estoy con mis dos hermanas en casa del abuelo, un gruñón. Mamá nos ha dejado tiradas en este pueblo blanco y azul frente al mar y el maestro del colegio me ha puesto como deberes escribir todo lo que me pase antes de entrar en el instituto. No lo negaré: parecía que iba a ser el verano más aburrido de mi vida. Pero ahora, entre la pandilla tarambana, los secretos del abuelo, y un chico super interesante que he conocido en el bosque, parece que la cosa se va animando. Todo apunta a que este será un verano especial, de descubrimientos, de los que te hacen crecer.



COLECCIÓN  
PEQUEÑAS  
JOYAS PARA  
GRANDES  
LECTORES

CONTIENE UN DIARIO DE LAS EMOCIONES DE REGALO

BÁJATE EL REGALO-DESCARGA EN  
[www.babulinkabooks.com](http://www.babulinkabooks.com)